

brado no se habían sembrado. La gente aún no tenía confianza para criar ganado y, por consiguiente, mucha gente vivía de esperanzas de que un gobierno nuevo o una autoridad inferior, o un amigo, los viniera a salvar, sin hacer algún esfuerzo propio. Aún había mucha apatía.

*JW:* En términos económicos podríamos decir que hubo una depresión cíclica después de 1929, 1930 y 1931, en medio de una depresión secular, porque la República no había recuperado su posición después de tanta guerra entre 1916 y 1920.

*JAA:* Sí, señor; es exacto lo que usted dice.

*JW:* ¿Cómo vivían los campesinos? ¿Cree usted que decayó mucho su nivel de vida durante la depresión? Se ha dicho que los campesinos tuvieron muchas dificultades por la escasez de dinero y por la restricción del crédito, los campesinos se vieron en el caso de tener que cambiar unos artículos por otros, no tenían dinero para comprar y tuvieron que...

*JAA:* ...malbaratar y regalar sus cosas. Usted habla de la depresión del tiempo del presidente Hoover. Creo que aquí la depresión no era el abuso de crédito en el tiempo de Hoover. Creo que nuestra depresión era la continuación de la vida de miseria que nos había dejado la lucha armada.

*JW:* En el gabinete y en el Congreso se dice que había unos grupos que querían apoyar a Ortiz Rubio y acabar con el callismo. Usted nos contó que unos generales querían apoyar al Presidente para que él pudiera actuar. ¿Cree usted que Calles fue verdaderamente amenazado por un grupo que respaldaba a Ortiz Rubio?

*JAA:* No, señor. Los únicos que hablamos con Ortiz Rubio fuimos sus ministros, los que fuimos con el general Calles y aparentemente lo convencimos. Pero el pretexto era que ya había cuatro generales de división en el gabinete. Se estaban creando grupos para apoyar a un determinado general para la Presidencia de la República. Y decían: ¿qué iba a pasar si el general Cedillo creaba su ejército, Almazán el suyo, Cárdenas el suyo? Y por eso no convenía que siguiera el presidente Ortiz Rubio en su puesto. Y nosotros le dijimos: "No señor —esa fue mi tesis, que aprobaron los demás—, ¿por qué le van a echar la culpa al presidente Ortiz Rubio de lo que esté pasando y de lo que llegue a pasar? En primer lugar, en lo que a mí respecta, nadie me ha hablado de política ni me ha invitado a formar algún grupo; yo supongo que con los demás ocurre lo mismo. Pero, sobre todo, ¿por qué no somos honrados? ¿Por qué no somos honorables? ¿Por qué nos gusta hacernos los tontos? ¿Por qué echarle la culpa al presidente Ortiz Rubio de lo que hagan los generales? Pues, señor, el remedio es muy sencillo, y yo lo propongo: que renunciemos los generales a nuestras carteras; que renunciemos y que ya no haya generales en el gabinete".

Entonces el general Calles, que se sentía lastimado porque tenía miedo de que Amaro sostuviera a toda costa a Ortiz Rubio, y de que yo hiciera mi política —que no la hacía— y Cedillo también su política; entonces el general Calles, cuando propuse que renunciáramos, aceptó con júbilo y dijo: ¡“Ah pelados, ya los cogí! Son muy patriotas”, y hasta la fecha nos fastidió. Pero esa fue la razón. Los únicos que hablamos por Ortiz Rubio fuimos los ministros y con el resultado que le digo.

*JW:* Se dice que Ortiz Rubio pensaba en dar un golpe de estado, para seguir en el poder.

*JAA:* No. Nos lo hubiera dado a entender a alguno de nosotros. El pobre estaba muerto de miedo. El día que tomó posesión le dieron un balazo al subir por el Palacio y ya con eso quedó despachado para todo el periodo. Lo que sí es cierto es que Ortiz Rubio tuvo debilidad por su jefe de ayudantes, el coronel y después general Hernández Cházaro, un individuo a quien el general Calles estimaba; un tipo de esos veracruzanos habladores, gritones. El general Calles tenía en su estado mayor a Hernández Cházaro y lo mandó a esperar a Ortiz Rubio y que no se le despegara. Entonces Hernández Cházaro se creyó muy poderoso, como éste que está ahora con López Mateos, como todos los ayudantes de los presidentes. Empezó a meterse en política, a querer hacer partido y a formar un grupo fuerte en favor de Ortiz Rubio, para que se sintiera con fuerza para decirle al general Calles que no lo estuviera molestando. Esas eran cosas de Hernández Cházaro. Creo que ni siquiera tenía la aprobación de Ortiz Rubio, que tenía mucho miedo y Hernández Cházaro era mucho más atrevido.

*JW:* ¿Quién mató a tantos vasconcelistas en Topilejo?

*JAA:* Creo que fueron Eulogio Ortiz, por un lado, y Maximino Ávila Camacho. Maximino era un sanguinario feroz, muy cobarde, incapaz de hacer nada, pero que le gustaba asesinar.

Por otro lado, estaba Jenkins, su ilustre paisano, que era un formidable arreglador de negocios fantásticos. Hay una bola de fortunas, muy grandes, que son de los hijos adoptivos de Jenkins, como Farrel; como el del Banco de Comercio, Iglesias; como el de los cines, Alarcón; como el de una cadena de periódicos, García Valseca, muchas gentes.

*JW:* Ellos son hijos adoptivos de él.

*JAA:* ¿Qué quiero decir con hijos adoptivos? Que son una colección de gentes serviles, que para obtener la ayuda decisiva de un personaje poderoso, influyente, lleno de dinero, le dicen papá. Esos son sus hijos adoptivos, que hasta el título de padre le quitan al que les dio la vida, para dárselo a un señor extraño, es decir, gente de poca vérgüenza.

Usted debía saber que el señor Jenkins fue cónsul de los Estados Unidos en Puebla por el año de 1918. Este señor llegó de cónsul y vio que había un terreno fértil, en grado superlativo, para hacer negocios, y empezó por “autoplagiarse”. Se puso de acuerdo con unos bandoleros que se decían zapatistas, allí, cerca de Puebla, para que fueran por él a su casa, con el objeto de que dijeran que lo habían ido a “plagiar” los zapatistas y que la colonia americana, el gobierno mexicano y el gobierno americano dieran mucho dinero por su rescate.

Fue un escándalo tremendo en aquellos años. Lo chistoso es que se supo que el famoso día del “plagio”, el señor Jenkins tenía su “valijita” lista para irse; en la cama tenía su gabardina, su sombrero en una silla de la sala, y estaba ansioso diciendo a la señora: “Mira, no vienen”. Y la señora decía: “Pues qué, ¿tienes tanta prisa?” “Pues sí, tengo un compromiso”.

Por fin, como a las ocho de la noche se fue a una carreta desvencijada en la puerta de la casa y le dijo a la señora: “Ahora sí, hija, ya me voy”. “Sí, hijo, que te vaya muy bien”.

Salió él, sin que nadie hablara y nada. En la carreta estaban dos individuos que podían ser zapatistas. El señor Jenkins con su valijita se subió, y se fue, “plagiado”, una cosa muy infantil. Así empezó su carrera. Se dedicó al contrabando de aguardiente y de alcohol, y empezó a hacer dinero a pasto. Se asoció con las gentes que creía que le podían ayudar, y les daba bastante dinero. Como todos los ladrones, que reparten mucho dinero para que los sigan. Entonces formó capitales fantásticos. ¡Ah!, y uno de los primeros que protegió, cuando llegó por recomendaciones de Jenkins al gobierno de Puebla, fue a Maximino Ávila Camacho. Al poco tiempo Maximino dijo: “Yo voy a ser el hombre más rico de México”. Y casi lo cumplió: en pocos años, antes de morir, ya estaba riquísimo.

De esa rama, del Banco de Comercio, que tiene ramas en todo el país, pues es el dinero de Jenkins. El periódico *Novedades*; en la televisión el canal cuatro de O’Farril, todo eso es dinero de Jenkins. Luego fundó una sociedad de ayuda a los pobres, benefactora, y le dejó cien millones de pesos. Pero así se roban miles de millones. Era el tiempo de Maximino Ávila Camacho. Lo malo es que para llegar a eso él autorizó la muerte de mucha gente. En la hacienda Atencingo, Jenkins tenía unos españoles, padres e hijos, que hacían lo que él les ordenaba, y al que no obedecía lo mataban. A una señora, doña Lola, que era una líder agrarista en Chitla, la amenazaron con matarla, la llevaron a Puebla, la metieron a la Penitenciaría y le demostraron al juez que no era posible que estuviera allí. Después que se fue el juez, al otro día, abrieron y dijo Jenkins: “Lo mejor es sacarla de allí”. Entonces la sacaron, se la mandaron a la gente de Jenkins, a esos españoles y le dijeron:

"Oiga doña Lola, si usted no escarmienta se va a morir definitivamente —ya habían muerto ocho o diez gentes de allá—. Entonces mejor vayase de acá, vayase usted a otro estado", y se vino a Cuautla, allí, pegado al puente donde pasa uno para Agua Hedionda, allí estaba la casita de ella.

A mí me mandó decir que se había ido a vivir allá para que no la fueran a matar en Puebla, y allí estaba para lo que se me ofreciera. Pues allí fueron una noche los de Jenkins, los españoles, la sacaron a las nueve de la noche de la casa y la acribillaron a balazos.

La cosa era fantástica, con decirle a usted que Jenkins, antes de morir Maximino, le preguntó: "Hombre, general, creo que se le ha pasado a usted la mano con la campaña contra la gente de Almazán. Tiene que matar usted a mucha gente. Dígame, ¿cuántos ha matado usted? Sinceramente".

Maximino le dijo a Jenkins: "Almazanistas, pues, contando con las autoridades de los municipios, en el estado, y en los pueblos, a gente importante, seiscientos", y Jenkins se lo platicó a algunas gentes que ahora dirigen la fundación que dejó. De manera que esa gente es la que tenía impunidad para sacar dinero y amasar esas fortunas enormes que hacen por todas partes.

*JW:* ¿Cómo murió Maximino Ávila Camacho?

*JAA:* Maximino Ávila Camacho estuvo unos días antes en Acapulco. Ya desde aquí iba bastante mal, pero él no lo quería confesar y fue a Atlixco, a oír unos discursos, comió y se murió. Estando allí en mi casa, en un noticiero, por el radio, me enteré que se había muerto Maximino repentinamente en Puebla.

Así, pues, Maximino Ávila Camacho confesó a su guía financiero, el señor Jenkins, que de los partidarios míos que él había mandado a asesinar en la campaña electoral de 1940, especialmente munícipes, o regidores, o representantes de los pueblos del estado de Puebla, había completado seiscientos muertitos. Esos fueron muertos por orden de Maximino, por haber sido almazanistas que tenían la ilusión de conseguir el sufragio efectivo para el país. Naturalmente a esto se pueden agregar centenares y millares que murieron asesinados en toda la República por órdenes de un sinnúmero de caciques, que cuando tienen el poder no tienen idea de lo que es misericordia para respetar la vida a un hombre de bien, y asesinan con la mayor facilidad. En 1940, ese modo de proceder produjo la muerte de miles de mis partidarios, que sólo tenían la ilusión de triunfar en las elecciones, y de que se respetara su voluntad, como lo había jurado y perjurado Lázaro Cárdenas repetidas veces. Esos asesinatos innumerables, y de una crueldad inaudita en muchos casos, dan al pueblo mexicano la certidumbre de que no valían las luchas electorales; que no habían de gobernar más que los escogidos por la oligarquía aborígen respaldada por Washington.

*JW:* Hablando hoy de la elección para la presidencia de 1964, esta mañana salimos para mirar la votación y encontramos todo en orden, pero con soldados en cada lugar donde se vota, y aquí, mirando el puerto, desde aquí, en el hotel de usted, El Papagayo, todo parece muy tranquilo.

*JAA:* Absolutamente. A la gente no le importa a quién eligen, porque ya saben que a la fuerza tiene que ser el gendarme, el regidor, el juez, el presidente municipal, el diputado, el senador, el presidente de la República, ¡el que les ordenen! En ese sentido, no veo diferencia con las elecciones de Rusia, absolutamente. Porque también allá están tan adelantados como nosotros, porque también allá mucho tiempo antes ya saben quiénes van a ser los elegidos, y por consiguiente no eligen; se lo dejan todo al gobierno, que haga su santa voluntad.

*JW:* Aquí el voto no es secreto, todos votan al aire libre; todos pueden ver en esa línea cómo se vota, no hay nada secreto aquí.

*JAA:* Tampoco allá es en secreto, porque allá les dicen: "Esa es la lista que van a votar y se acabó". Pero debe usted comprender que aquí en México ya los convencieron. En las elecciones mías, tuve tres millones de votos, y Manuel Ávila Camacho tuvo menos de trescientos mil, y Lázaro Cárdenas le ordenó a Ávila Camacho que reconociera mi triunfo; pero luego entró el señor Daniels, embajador americano, y Cárdenas le dijo: "Pues ya le informé a Ávila Camacho que perdió". El embajador le respondió: "No, hombre; pero si yo ya dije a Washington que ganó él, que Almazán no tuvo más que trescientos mil votos".

Y así fue como Roosevelt se empeñó en que viniera Wallace a darle el espaldarazo a Manuel Ávila Camacho, y a que Cárdenas, con la simpatía del gobierno de Washington, siguiera haciendo aquí su papel de comunista en México, apoyado por los Estados Unidos siempre, cosas que apenas se pueden concebir, porque no puede uno comprender cómo es que no hay una política definida en Washington.

Por eso, más vale que nos dejen en paz; que no se meta Washington a recomendar a nadie. Aún ahora, he visto que el embajador norteamericano ha declarado: "Ah, hombre, me han dado cuenta de que el señor Díaz Ordaz cuenta con todas las simpatías del pueblo mexicano".

¿Qué le importa? ¿Por qué habla? Porque así induce a los mexicanos a decirles: "Acuérdense que no se pueden salir del huacal, que las cosas se arreglan".

*JW:* ¿Usted ha votado hoy, o va a votar?

*JAA:* Yo, ¿por qué? ¿Quién me puede obligar a que vote? Para decirles: "Leperos, ¿no saben para qué voto? Cuando tuve tres millones de votos, ¿quién hizo

caso? ¿No lo negaron rotundamente? Entonces, ¿cómo se atreven a pedirme que vote?"

*JW:* Volvamos a hablar de la presidencia de Ortiz Rubio. La repartición de tierra no llegó a una cifra muy alta. Fue de las cifras más bajas desde Obregón. ¿Usted trató de convencer a Ortiz Rubio que continuara repartiendo la tierra y adelantando la reforma agraria, como usted creía que era necesario?

*JAA:* Cuando era secretario de Comunicaciones yo viajaba mucho por todo el país, y sólo venía cuando me decían, de parte del Presidente, que iba a haber un consejo de ministros para tal fecha. Generalmente, cuando estábamos en esas juntas ministeriales, de antemano nos decían cuáles eran los asuntos que se iban a tratar. Ya sabíamos que teníamos que ir preparados para ciertos problemas específicos del país, por ejemplo, la cuestión de la conversión de la moneda, cuando se acabó el patrón oro, que quedó la plata libre. En esa ocasión nos citaron con tiempo para que cada quien llevara su opinión, y yo —a pesar de que Montes de Oca era mi amigo y que siempre caminábamos juntos en cuestiones administrativas—, cuando leyeron en el Consejo de Ministros el proyecto para acabar con el patrón oro, leí un estudio refutando por completo el estudio de Montes de Oca. Esa cosa se llevó muchas horas y no había tiempo para más. Así es que el tiempo que estuve en el gabinete no se ofreció tratar la cuestión agraria.

*JW:* Preocupados por los problemas presupuestales y por la depresión no quisieron seguir repartiendo la tierra. ¿Cree usted que Ortiz Rubio debió haber renunciado a la Presidencia?

*JAA:* En mi concepto, Ortiz Rubio debía haber hecho una manifestación pública contra los intrigantes que rodeaban al general Calles, que lo querían obligar a renunciar.

*JW:* ¿Quiénes fueron?

*JAA:* En primer lugar, Carlos Riva Palacio, que era secretario de Gobernación; luego el doctor Puig Casauranc, que era el secretario de Educación, y había uno más.

*JW:* ¿Tuvo algo que ver Amaro?

*JAA:* ¡No! Amaro se manejó muy ecuánime, todos se manejaron muy ecuánimes.

*JW:* ¿Los generales?

*JAA:* Los generales y los civiles, porque también estaban, como civiles, Aarón Sáenz, Luis Montes de Oca y Genaro Estrada, secretario de Relaciones; todos ellos tuvieron una conducta impecable. Los que hacían política callista, es decir, personal, para ellos, para ver si quedaba de presidente provisional uno de ellos, en lugar de Ortiz Rubio, y otro en las elecciones futuras, eran: Carlos Riva Palacio, en primer lugar, que era el que más abusaba de la con-

fianza que le concedía el general Calles, porque andaba adentro de la casa de Calles. Luego Puig Casauranc, y el general Manuel Pérez Treviño, que era el más deseoso de suceder a Ortiz Rubio. De los demás del gabinete todo estaba muy bien.

*JW:* ¿Renunció Ortiz Rubio?

*JAA:* No. La solución del problema fue la que propuse: que renunciáramos los generales para que no estuvieran diciendo que alrededor de los generales se estaban haciendo grupos políticos. Un año después obligaron a Ortiz Rubio a renunciar para designar a Abelardo Rodríguez, que se dedicó en cuerpo y alma a favorecer la candidatura de Lázaro Cárdenas. Y empezaron las intrigas para acabar con la influencia del general Calles.

*JW:* Durante la presidencia de Ortiz Rubio, Genaro Estrada, secretario de Relaciones Exteriores, proclamó la doctrina Estrada que...

*JAA:* ...dice que los gobiernos extranjeros no pueden opinar sobre la legitimidad de un nuevo gobierno. Genaro Estrada dice que eso deben decidirlo los pueblos respectivos y no los interesados.

*JW:* ¿Cree usted que ha tenido éxito esta doctrina?

*JAA:* Usted me pone muchos enigmas que no entiendo. Por ejemplo: ¿cómo puede usted explicarse que México sea tan enemigo de Franco porque "dizque" es una dictadura, a pesar de que México y España son pueblos tan relacionados, histórica y comercialmente? ¿Cómo explicarse que nunca quieran reconocer francamente a un gobierno extranjero que tiene veinticinco años de existencia porque es una dictadura? ¿Y qué me dice de la dictadura del señor Kruschew, y de Tito y de mil gentes? De manera que no se entiende la postura de algunos directores de la política de México.

*JW:* Usted estuvo en el gabinete con Genaro Estrada.

*JAA:* Sí, él era honorable, muy serio, y no era de los grupos intrigantes.

*JW:* ¿Cree usted que esa doctrina ha sido mal interpretada?

*JAA:* No. Es que resuelve unas cosas a la conveniencia de quien la aplica. Las doctrinas con muchas disposiciones, con muchas leyes, son buenas; lo malo es cuando las aplican sin sentido o en contra del sentido común.

*JW:* ¿En dónde estaba usted durante el periodo de Abelardo Rodríguez?

*JAA:* Con Ortiz Rubio estuve en el gabinete. Al salir del gabinete me mandaron otra vez a mi puesto militar de jefe de operaciones en Nuevo León. Allí estuve durante el periodo de Abelardo Rodríguez, y luego seguí durante toda la administración de Lázaro Cárdenas, hasta que algunos amigos y grupos de gentes de todo el país propusieron mi candidatura, y entonces me vi obligado a pedir mi separación del ejército en 1939, precisamente un año antes de las elecciones del 7 de julio de 1940.

6 de julio de 1964

*JW:* Quisiéramos preguntarle acerca de Cárdenas como gobernador de Michoacán entre 1928 y 1934. Usted conoció a Cárdenas en esa época, y podrá contarnos algo de su gubernatura, y si esto tuvo algo que ver con la Presidencia después. Se dice que Cárdenas trataba de formar sindicatos de obreros y campesinos, de repartir tierras y de hacer muchas cosas que luego quería hacer en la Presidencia.

*JAA:* Yo había tratado bastante a Cárdenas como militar. En ese sentido sí estaba yo ya enterado de lo que él había hecho; pero, en cuanto a su modo de administrar en el estado donde le tocó en suerte fungir, francamente no puedo juzgar por falta de información, por falta de interés de mi parte, porque a mí me han importado muy poco los políticos mexicanos. Por regla general he tenido poco contacto con ellos, porque he considerado a esos políticos como tipos de pronóstico reservado, porque desgraciadamente todos los puestos de gobernadores, y a veces de presidente de la República han sido ocupados por gentes que lo que ambicionan más es formar grandes fortunas. Por esa circunstancia nunca les doy mucha beligerancia para considerarlos como ciudadanos dignos de respeto, porque trabajen intensamente en bien de su país. Los políticos mexicanos habían cogido como sistema verdaderamente eficaz para gobernar el de dedicarse a robar fondos públicos y propiedades particulares, sin consideración a la moral ni a la ley. Por eso es fácil comprender por qué, a pesar de los avances del seguro social, y de la mejoría en determinados sindicatos para sus componentes, por qué razón en todo el país hay regiones, piélagos de miseria, en donde residen los mexicanos más humildes, y sobre todo los indios, donde francamente la vida no tiene algún atractivo, y son esos pobres mexicanos que sólo vegetan en medio de la mayor miseria.

Considero que si no se hubiera llevado hasta un abuso increíble la cuestión del robo de fondos, públicos o privados, por parte de gentes que han tenido relación con la administración del país, el país habría obtenido una mejoría muy plausible y podrían haberse dedicado caudales inmensos a beneficiar a esa gente.

Como nunca creí que estuviera yo en posibilidad, desde una jefatura de operaciones, de resolver la situación de esos millones de gentes miserables, tuve que conformarme con observar y condenar francamente ese modo de proceder de autoridades superiores.

Cárdenas y Abelardo Rodríguez establecieron un sistema para apropiarse de fortunas sin límites, fortunas fantásticas, escogiendo a tipos de preferencia extranjeros para hacer fortunas como de magia en todo el país. En-

tonces todo lo que podían haber aprovechado los mexicanos con su trabajo, con su iniciativa, con su dedicación, lo aprovechaban individuos ya muy reconocidos, pero que así, nombrando uno que otro rápidamente, tendría yo que pedir que se averigüe la conducta y el origen de las fortunas de gentes como Jenkins, el ex cónsul americano en Puebla; como el de los tubos de fierro de Veracruz, de un italiano..., un socio de Alemán que tiene una gran fortuna; como Manuel Suárez, compadre de todos los presidentes para robar a gusto; como el señor César Balsa, director, presidente, *factotum* de la Unión de Hoteleros, que si se averigua bien su conducta se comprobará que llegó a donde ha llegado gracias a procedimientos verdaderamente asquerosos que si fueran conocidos en detalle por los mexicanos no le permitirían vivir en el país.

JW: Una de las grandes críticas en contra de los alemanistas fue que Alemán y sus partidarios robaron mucho.

JAA: Eso es rigurosamente exacto, porque no concibe uno cómo pueden sacar millones, millones y millones ni Alemán en persona, ni sus principales corifeos. Alemán, desde estudiante, no destacó jamás como hombre de talento, como estudiante de provecho, y entiendo que llegó al gobierno de Veracruz de manera fortuita, porque fue asesinado en México el gobernador electo Manlio Fabio Altamirano, un tipo gritón con antecedentes de luchador, revolucionario, que tuvo la ayuda del general Calles para salir de gobernador de Veracruz. Altamirano fue asesinado en la ciudad de México ya para tomar posesión del gobierno de Veracruz.

JW: ¿En 1933?

JAA: No recuerdo exactamente la fecha. En un café de la calle Tacuba y entonces todos los políticos se echaron a buscar a ver a quién ponían en lugar de Altamirano. El más afortunado fue el general Cándido Aguilar, que logró que le hicieran caso cuando recomendó a su protegido, a un muchacho sin ninguna importancia, Miguel Alemán. Yo supe que este muchacho no era ninguna lumbrera, porque en una compañía que yo había organizado para exportar plátano, Alemán —que andaba cesante y prácticamente en la miseria— ocurrió a las oficinas de esa compañía muchas veces a pedir que se le diera empleo. Por eso lo empecé a conocer. Por otro lado, el padre de él, el general Miguel Alemán, que había andado levantado en armas en Veracruz fue obligado a pedir amnistía por el movimiento de las fuerzas federales que yo mandaba en Veracruz. Se nos presentó y me pareció un señor serio, un poco decepcionado de la política, pero era honorable y lo traté siempre muy bien. El padre de Alemán, el general Miguel Alemán, se merecía consideraciones y se las otorgué. El hijo, Miguel Alemán, me parecía un muchacho del que no se podía esperar mucho provecho, sobre todo porque

supe que cuando él estuvo en el Tribunal de Justicia del Distrito Federal acaeció en ese tribunal todo lo que puede haber de maldad en los funcionarios judiciales mexicanos, por culpa de Miguel Alemán. Después, cuando hice la campaña en Oaxaca, persiguiendo a los elementos que habían hecho el movimiento delahuertista, destruí al núcleo del general Maicot y mandé a perseguir a los elementos de García Vigil que habían salido de Oaxaca; mis tropas, que trabajaban con mucha actividad, lograron acabar con todos los elementos delahuertistas en el estado, y los que no quisieron rendirse salieron huyendo para el Istmo y allá la mayor parte de los jefes fueron fusilados. Pero muchos cientos de oficiales y jefes se me presentaron. En Oaxaca les di facilidades, salvoconductos; no quise procesar absolutamente a nadie; a todos los mandé para México, para que allá el gobierno dispusiera. No iban presos, iban libres, pero en fin iban buscando su vida en México. Entre ellos iba un coronel, un individuo que se rindió, que andaba allí de agregado a un grupo de los delahuertistas, de apellido Serrano. Se le trató con la misma consideración que a todos los demás que vinieron a México y andando el tiempo, cuando Alemán fue designado gobernador de Veracruz, apareció allá el coronel Serrano. Ese coronel Serrano hizo fortuna para Alemán, para él mismo y para no sé cuántos más, sin el menor escrúpulo. Cuando llegaron a Veracruz, había en un hotel de Jalapa, la capital del estado, un doctor Luis Avellano, de Puebla, que era, pudiéramos decir, elemento de mis confianzas, y él me platicó mucho la vida de estos señores, porque él vivía en el hotel y allí vivía la plana mayor de los alemanistas, como Alemán, Serrano y La Bola. El doctor Avellano me platicó cosas grandes y maravillosas de los alemanistas. Desde luego me dijo que en Veracruz, cuando llegó esa mafia de traficantes, de negociantes, les pusieron los "polacos". El pueblo mexicano llama polacos a los gitanos que andan por los pueblos en vida trashumante, remendando cazos de cobre y viendo qué se roban por todos lados. Pues en Veracruz conocían a los alemanistas como los "polacos". Pronto se dio cuenta el doctor Avellano del sistema implantado por Miguel Alemán para ir al triunfo constante y siempre para arriba. A cualquier persona o comisión que de alguna parte de Veracruz llegaba a pedirle justicia al gobernador Alemán, siempre los recibía muy sonriente prometiendo atenderlos, ayudarlos, porque él estaba allí para hacer justicia, siempre con la solución al canto, pero debían comprender que materialmente no tenía tiempo para estudiar el caso de cada quien. Así es que a los que le llevaban algún asunto donde pudieran adivinarse cosas de valor, de mucho dinero, les decía: "Pues les repito, yo no puedo atender cada cosa de estas; pero me hacen favor ustedes de ir a ver al coronel Serrano... Yo le voy a recomendar que atienda su caso. Y entonces, cuando los recibía Serrano: "Pues sí señores, aquí se

trata de que ustedes piden que no se les afecte una finca de mil hectáreas. Como ustedes comprenden, pues esas mil hectáreas se necesitan para los campesinos mexicanos, pero si encontramos la manera de darles otras tierras a esos campesinos en la misma región —es decir, tierras que no valgan nada— entonces podemos llegar a un convenio. Les vamos a dejar a ustedes quinientas hectáreas de las mil”.

“¡Pero señor!”

“No, quinientas y confórmese con salvar esas porque como están las cosas no salva nada, quinientas hectáreas”.

“Bueno, señor, está bien”.

“Y de las otras quinientas hectáreas me van a hacer una escritura pública”, y entonces, al cabo de pocos años con el gobierno de Veracruz y con la Presidencia de la República, resultaron propiedades agrícolas fantásticas en Veracruz, en San Luis Potosí, en Baja California, en Chihuahua, en todas partes. ¡Así es muy fácil hacer dinero! Y ese fue el sistema.

*JW:* ¿Cree usted que ese sistema todavía funciona?

*JAA:* Desgraciadamente sí, aunque no en forma tan escandalosa. Con Alemán creo que fue el summum del latrocinio. Alemán le dio a un amigo suyo —un muchacho que yo conocí muy bien, Pasquel, de Veracruz— carta blanca para que metiera al país de contrabando cantidades sin límite de cosas por las que se debían pagar muchos derechos. Para que vea usted cómo estuvieron las cosas, le voy a platicar lo siguiente. El coronel Magaña de la Cerda —hermano del general Gildardo Magaña y zapatistas antiquísimos— me platicaba estas palabras edificantes: el general Cándido Aguilar era amigo del coronel Magaña, se visitaban con frecuencia, charlaban y un día Aguilar le platicó que había estado a verlo pocos días antes su gran amigo Pasquel, y que el general Aguilar había dicho: “Pero hombre, Pasquel, ¿por qué no te cansas de robarle a la nación? Comprendo que hay épocas en que se necesita hacer una fortuna. Bueno, pues ya la hiciste, ahora cuídala. ¿Por qué ese afán de robar y robar sin consideración a nadie. No comprenden el perjuicio tremendo que le hacen al país”. Y Pasquel le respondió: “Pero hombre, mi general, si viera usted la cara que me pone Miguel el día que lo visito y no le llevo un cheque de un millón de pesos”.

Eso me lo platicó Magaña acerca de Aguilar y respecto a Pasquel en sus negocios con Alemán.

*JW:* Volviendo a hablar de Cárdenas, unos historiadores han dicho que Cárdenas es muy honrado pero que no ocurre lo mismo con su familia. A Cárdenas le llaman la paloma blanca y a su hermano Dámaso la paloma negra.

*JAA:* No. Esas son cosas ridículas. Es falso, porque usted tiene que convenir conmigo en que un hombre que es jefe de familia y que es honrado de por

sí, forzosamente pone el orden entre toda su familia, aunque se trate de puras ovejas negras. Lo que pasa es que a Cárdenas, como a otro ex presidente, Ruiz Cortines, les gusta el trote del macho, les gusta la libertad de robar! Pero quieren aparecer como unos ermitaños, puros, incapaces de realizar algún negocio indebido. Pero Cárdenas ha creado a su hijito Cuauhtémoc, pues él lo sacó de "La niñez", lo puso en el colegio, lo hizo salir del colegio como pudo. Pero el caso es que en realidad Cárdenas ha tenido la decisión de nombrar a los empleados de los gobiernos que pudieran dejarle mucho dinero, en cantidades incalculables. Recuerde usted que Cárdenas, en tiempo de Alemán, se nombró jefe de la junta de un sistema de irrigación. Sin la menor autorización, habiendo leyes que establecen qué trámites deben desarrollarse y cómo debe gastarse el dinero de la nación, pues ya pudo Cárdenas sacar dinero, no nada más para él a su gusto, sin tener que dar cuentas a nadie. Cárdenas, con ese nombramiento de Alemán, pudo sacar mucho dinero para él y también para pagar en toda América Latina a tipos que trataban de hacer aparecer a Cárdenas como el taumaturgo, como el hombre grande revolucionario para toda América Latina, por el dinero que le sacaban a la nación. Ese es Cárdenas.

Así es que no me diga que él es muy honrado. Ahora al hijo, Cuauhtémoc, Cárdenas lo puso a trabajar con Gutiérrez Roldán en Pemex. Bermúdez Jackson, según dicen en Chihuahua, es ciudadano americano y no podía ser funcionario mexicano. Siendo ciudadano norteamericano, Bermúdez tuvo el origen de su fortuna grande en Ciudad Juárez, con una fábrica en tiempo de la prohibición, una fábrica de whisky, que hizo él en su casa. Y dicen que para mayor facilidad, el whisky de Bermúdez pasaba a través de un tubo por debajo del agua en el río Grande, para embotellarlo al otro lado.

Bueno, pues aunque parezca cosa de risa, Cárdenas puso a Gutiérrez Roldán en Pemex para que le diera a Cuauhtémoc, el hijo de Cárdenas, unos contratos fantásticos para sacar dinero de las perforaciones petroleras. ¡Una cosa tremenda! A su vez, Cuauhtémoc Cárdenas estaba asociado con un hijo del secretario de Recursos Hidráulicos que tiene que ver con todos los proyectos de irrigación de México. De manera que no nos digan que Cárdenas es enemigo del dinero.

*JW:* ¿Cómo se llama el socio de Cuauhtémoc?

*JAA:* El socio de Cuauhtémoc es el hijo del secretario de Recursos Hidráulicos, del señor Del Mazo. Así que no me hablen de errores.

*JW:* ¿Conoció usted a Del Mazo y a los hermanos de Cárdenas?

*JAA:* En México se habló mucho de la falta de escrúpulos de Cárdenas al poner de gobernador de Michoacán a su hermano Dámaso. De los otros había un Raymundo que era trabajador de la Secretaría de Hacienda, y ha-

bía otro que ahora es militar, de nombre Alberto Cárdenas. De Raymundo y de Alberto Cárdenas nunca supe nada indebido. Al contrario, Alberto Cárdenas siempre fue muy atento conmigo, y no he sabido que se haya dedicado a la conquista del oro como sus hermanos. Lo que sí es un hecho es que a Cárdenas lo fue a sustituir en el gobierno del estado, por elección —y porque lo había aprobado el general Calles—, el general Benigno Serrato.

*JW:* Unos historiadores han dicho que Cárdenas no quería que Serrato le siguiera en la gubernatura, pero que fue un castigo de Calles, porque Cárdenas no quería desistir en repartir las tierras en la manera que siempre lo había hecho durante el decenio de 1920.

*JAA:* No creo que tuviera relación con la decisión de Cárdenas de seguir con el reparto de tierras, a fin de que se le llamara la atención o que se le castigara mandando a Serrato a Michoacán. Hay que recordar que Cárdenas era un individuo resuelto a no contrariar la voluntad del general Calles. Recuerdo una escena un poco indecorosa para el general Cárdenas, ya como presidente electo. Estuve en la hacienda del general Calles, “Soledad de la Mota”, en Nuevo León, con él y con el general Cárdenas. Allí, estando con ellos, llamaron por teléfono de la Ciudad de México para informar al general Cárdenas de la lucha que había entre los diputados blancos y rojos, divididos por la aprobación de la ley religiosa. Entonces se pararon de la mesa donde estábamos los tres nombrados y otras personas, y se fueron a encerrar a la pieza donde estaba el teléfono, un teléfono rústico de rancho que obligaba a gritar mucho para que se oyera. Nosotros nos quedamos sentados donde estábamos y francamente no creíamos que se pudiera oír, porque ellos cerraron una puerta y una vidriera. Sin querer, oíamos, no lo que hablaban de México sino lo que respondían. Entonces nos dimos cuenta de que el general Calles tomaba la voz, es decir, que le dictaba a Cárdenas palabra por palabra lo que tenía que contestar. Naturalmente eso quería decir que si Cárdenas aceptaba ese papel de transmisor de la voz del general Calles, es que estaba dispuesto siempre a consecuentar todas las imprudencias del general Calles, al grado que yo, como jefe de operaciones militares en Nuevo León, me pareció enteramente indebido y deshonesto para un general de división, y de más a más presidente de la República, que aceptara ese papel. Entonces, como además Cedillo y yo, según se decía, éramos de los que más habíamos pesado en la candidatura de Cárdenas, yo me propuse que mientras estuvieran en Nuevo León, tanto el general Calles como Cárdenas, hacer lo posible porque al general Cárdenas se le diera su lugar como presidente electo. Después salimos a visitar la presa de “Don Martín”, que el general Calles había mandado construir durante su gobierno. Visitamos la presa de “Don Martín”, y me di cuenta que el general Pérez Treviño,

que era el jefe, *factotum* político, y una bola de ambiciosos que van siempre atrás de un presidente, iban en cauda detrás del general Calles. Allí el general Cárdenas, sintiéndose tal vez incómodo, fue retrasando sus pasos para dejar que los que iban en pos del jefe máximo de la Revolución siguieran por allá y él se quedara atrás. Entonces consideré que, en mi carácter de jefe militar de la región, yo debía de dar el ejemplo y que mi obligación como militar era darle su lugar de honor al Presidente de la República; entonces me quedé atrás también, me uní a Cárdenas y no me separé ni un minuto de él hasta que salimos de allí. A Cárdenas no le veía yo trazas de tener el menor movimiento de independencia con respecto al general Calles. Lo que sí, debo decir que el general Serrato era un hombre militar y civil, un verdadero hombre, muy serio, verdaderamente honorable y, por no sé qué circunstancia, me estimaba grandemente, después que anduvo algunos años a mis órdenes, desde la campaña contra los delahuertistas en 1923, hasta que terminó la campaña contra Escobar en 1928. Estuvo a mis órdenes en Veracruz, en Nuevo León y en Tamaulipas. Yo tenía gran estimación por el general Serrato y él correspondía a mi estimación con toda seguridad.

Cuando el general Calles obligó al general Serrato a aceptar su candidatura para gobernador de Michoacán, se despidió de mí en Monterrey, con pena, diciendo que sentía mucho dejar la zona donde había estado tan bien considerado tantos años entre los militares. Serrato dijo que estaba a mis órdenes y que lo sentía más porque lo obligaban a participar de cosas políticas que él aborrecía, y porque lo obligaban a ir, a estar en contacto con el que iba a ser Presidente de la República, Lázaro Cárdenas, y él sentía, sabía perfectamente, que Cárdenas lo odiaba. Al inquirir yo ¿por qué razón?, ¿qué motivos había para que creyera él que lo odiaba Cárdenas?, Serrato dijo que no había dado jamás motivo, pero que él consideraba que Cárdenas era el hombre más hipócrita que pudiera existir en el mundo, y que naturalmente nadie podía esperar confiar que tuviera buenas relaciones con otra persona.

Como quiera que sea, el general Serrato me dijo después, cuando me vio nuevamente en la ciudad de México, que la campaña para ser gobernador había sido para él un verdadero suplicio, porque, siendo Cárdenas el candidato del general Calles a la imposición presidencial, conservó la organización política que tenía en Michoacán. Así, Cárdenas iba con frecuencia a Morelia, con su grupo de incondicionales, a estorbar la organización que estaba dando a sus partidarios el general Serrato, en forma verdaderamente inconsecuente para el general Serrato. Y como ya era cuestión de que cada ocho días Cárdenas llegaba a Morelia a entrometerse, pues francamente Serrato no sabía qué hacer, al grado de que eran tantas las inconsecuencias de Cárdenas que un día se le presentó al Palacio de Gobierno, cuando ya era

gobernador electo, con el pretexto de saludarlo y de ver cómo iban las cosas. Pero Serrato malició que Cárdenas iba con la misma historia de siempre, de tratar de desprestigiarlo, de tratar de ponerlo en mal con el mismo pueblo de Morelia.

Entonces, Cárdenas, muy atento, estaba tratando en el escritorio de Serrato muchas cosas, y Serrato se dio cuenta de que afuera había una efervescencia, alguna agitación de agrupaciones de gente que marchaba, y Cárdenas dijo: "Parece que hay una manifestación por allí de los elementos revolucionarios radicales; vamos al balcón". "Pues vamos, señor".

Pero Serrato era ranchero malicioso, y ya conociendo la calidad de la "melcocha", había mandado a sus gentes, que eran toda la gente buena de la población de Morelia que estaban más con Serrato que con Cárdenas. Entonces, cuando Serrato cuando vio la cosa que organizaba Cárdenas, había dado órdenes a sus gentes de que se prepararan en la Plaza de Toros, para, cuando acabara la manifestación de los de Cárdenas, inmediatamente salieran —estaban cerca del Palacio de Gobierno— a hacer su manifestación los serratistas.

En el balcón del Palacio de Gobierno había algunos letreros que impedían a la gente que estaba abajo, en las aceras, ver al gobernador y al que iba a ser presidente de la República, sólo podían verlos del estómago para arriba. El general Serrato era un hombre bajo de estatura, pero él era un atleta, cuadrado, muy fuerte.

Pasaron los de Cárdenas primero, movidos a satisfacción de Cárdenas, insultando de una manera feroz al general Serrato, a su gobierno, acusándolo de no sé cuántas cosas. Cárdenas estaba allí, muy complacido, aprobando, oyendo. Y en el momento que acaba su manifestación y salía por una esquina, y por la otra aparecía la manifestación de Serrato, Cárdenas quiso retirarse, diciendo: "Bueno, ya acabó esto, ivámonos!" Dijo Serrato: "No señor, ahora se espera aquí hasta que pase la mía".

*JW:* ¿Agarrando la mano de Cárdenas?

*JAA:* Agarrándola con fuerza sin que se viera de afuera: "Aquí se está usted de todos modos". Y allí el general Serrato tuvo al presidente Cárdenas, hasta que acabó la manifestación de Serrato. Eso yo se los dije en mi discurso en Morelia, la tierra de Cárdenas, para denunciar cómo era de hipócrita y mal agradecido con ese gran elemento que era Serrato y que era un prestigio verdadero para el estado de Michoacán.

Serrato vino a México el día de la toma de posesión de Cárdenas, luego pasó por mi oficina al mediodía y me dijo: "Mi general, debo saludarlo. Me llamó el presidente Cárdenas y tengo que ir a verlo, y me voy ahorita, pero regreso. Mañana en la tarde vengo, porque tengo que platicarle a usted

muchas cosas grandes y maravillosas. Pero ahora me precipité en venir a verlo a usted el día de la protesta de Cárdenas, nomás para decirle a usted que por favor no olvide usted mi consejo: nunca, jamás, le crea usted a Cárdenas una palabra sola de lo que le diga, me voy y luego vengo". Y se fue y al otro día estaba muerto.

*JW:* ¿Se cayó su avión?

*JAA:* Creo que sí; se cayó su avión. Pues eso fue lo último que me dijo el general Serrato en su vida.

*JW:* Pero si Calles quería escoger a Cárdenas para la Presidencia, ¿por qué escogió a una persona que tenía un programa muy distinto que el de Cárdenas para gobernador de Michoacán?

*JAA:* Pues porque es la conducta de todas las autoridades mexicanas, que siempre tratan de ponerle estorbos al competidor o al subordinado, para que siempre dependa del Jefe Máximo.

*JW:* Le dan una mano y con la otra le pegan.

*JAA:* Por eso se equivocó Calles, porque Cárdenas era muy sumiso, su hijo adoptivo, y luego, al poco tiempo, lo fastidió.

*JW:* Portes Gil y Marte Gómez nos han dicho que las Ligas Agrarias y muchos políticos querían combatir el poder de los militares, y que entonces ellos quisieron poner presión sobre Calles para poner un presidente que fuera no sólo militar sino también muy agrarista y muy partidario de los obreros y los sindicatos y de los campesinos. Ese hombre de fuerza tenía que ser muy amigo de Calles también, muy amigo en un sentido personal, no tanto en la trayectoria ideológica y entonces ellos ejercieron mucha presión sobre Calles para eliminar la candidatura de Pérez Treviño. Dijeron que Calles tuvo que aceptar esa presión en favor de Cárdenas, que era su amigo y general, y quien no parecía muy peligroso. Entonces las Ligas, unos gobernadores y también unos generales como Cedillo, querían acabar con el callismo y apoyaron muy fuertemente a Cárdenas y éste ganó sobre Manuel Pérez Treviño en la candidatura para la Presidencia en 1933.

*JAA:* Usted debe ver con mucha desconfianza todas las afirmaciones de tipos políticos que han vivido de hacer política barata. De ese tipo de políticos pueden considerarse Portes Gil y Marte Gómez. Usted puede tener la certidumbre de que ninguno de los dos se hubiera atrevido a manifestar ninguna tendencia que no fuera plegada enteramente al capricho del general Calles. Porque Montes de Oca y yo somos el ejemplo de cómo trabajan esas gentes, cuando quisimos, cumpliendo con nuestro deber, demostrar independencia del criterio de Calles para que se respetara al presidente Ortiz Rubio. Después de treinta años, todavía estoy sufriendo las consecuencias, primero de la mala voluntad de Calles, y después de la peor voluntad

de Cárdenas, porque aquí en México desgraciadamente hay que estar completamente sometido a la voluntad del dictador.

*JW:* Dentro de la familia revolucionaria ha habido algunos casos en los que el dictador no ha podido regir con tanta fuerza: durante el congreso constituyente de 1917 en Querétaro, y también durante el Congreso, en Querétaro, en 1933. Los delegados no aceptaron todo y tuvieron sus propias ideas, las que fueron mucho más radicales que las ideas en el programa del dictador. Y tal vez eso tenga alguna relación con el nombramiento de Cárdenas. Quizás Calles no quería tanto a Cárdenas y por eso nombró a Serrato para Michoacán, y tal vez Calles quería reanudar el problema con la Iglesia, porque pronunció un discurso en Guadalajara, en 1934, antes de que Cárdenas tomara posesión de la Presidencia, en que dijo que la educación socialista era una necesidad para crear el Estado, y que el clero tenía que someterse.

*JAA:* Usted debe tener siempre como norma la seguridad de que mientras un individuo tiene el poder, no hay elementos viriles e independientes que se le opongan. Esa cuestión de que los amigos de Cárdenas sí pusieron su ideología radical contra la voluntad de Calles son puras mentiras. Todo fue una maniobra preparada con mucho tiempo por el general Calles.

Tenía yo un amigo, el señor Epigmenio Ibarra, que era antiguo empleado del Banco de México, que después se había ido con Abelardo Rodríguez al Banco Mexicano.

Un día que llegué por allí al Banco, me vio don Epigmenio desde su escritorio, se paró, vino y me platicó:

“Estuve en Sonora, en Baja California —creo que en El Sauzal— estuve a visitar al señor general Calles, que está viviendo allá en la casa del general Abelardo Rodríguez. Fui a verlo, no tenía él ninguna visita; estaba el solo y entré a saludarlo. ‘Hombre, que me da mucho gusto verlo por aquí tan lejos’. Entonces me dijo: ‘Bueno, usted es de confianza señor, vea usted aquí rápidamente, le da una leída aquí a este asunto; a ver qué opina usted’.

“¿Sabe usted, mi general, de lo que se trataba?”

“No, no tengo noticias”.

“Pues de que el general Calles ya sé decidió para hacer un nuevo presidente. El plan que tenía allí sobre su mesa, para darle los últimos toques, era el plan de propaganda del general Cárdenas para la Presidencia de la República”.

Así, pues, yo ya lo sabía; me lo había dicho don Epigmenio, que el general Calles le había enseñado ese plan, y ¡después de un mes salen con que el hijo del general Calles Rodolfo había obligado a su padre a aceptar ese plan! ¡Unas cosas ridículas!

*JW:* ¿Eso fue un mes antes de que Rodolfo se pronunciara en favor de Cárdenas?

*JAA:* Sí señor. ¡Hay que ver cómo se hace la política en México!

*JW:* ¿Cómo explica usted la diferencia ideológica entre Cárdenas y Calles, porque durante su campaña Cárdenas prometió tanto a los obreros y campesinos que al entrar a la presidencia inmediatamente surgieron huelgas en todos lados. Cárdenas empezó a repartir tierras en cantidades enormes y Calles se asustó, y vino hablando de huelgas locas —según Ezequiel Padilla— y tratando de frenar a Cárdenas y de organizar un grupo con Melchor Ortega y los demás, un partido constitucionalista de la Revolución para acabar con el cardenismo en 1935 y 1936.

*JAA:* La verdad es que Cárdenas tiene el temperamento más pronunciado del demagogo más demagogo del mundo. Pero, fíjese usted que de Cárdenas no tengo noticias de que haya expuesto esas ideas demagógicas cuando fue hombre de armas. Usted sabe que el origen de Cárdenas como militar es de aquí, del centro del país. Salió de su pueblo con un grupo de gentes que se hicieron villistas contra Carranza; luego Villa los acogió con gusto y se fueron con Villa al norte, a Chihuahua; Cárdenas le ofrecía mucho a Villa, morirse por Villa donde quiera que fuera, y por eso Villa mandó una columna que se adelantara a Casas Grandes y de Casas Grandes hasta Aguaprieta, para abrirle camino a él, que avanzaba también con el resto de su división. Pero resulta que Lázaro Cárdenas, ese hombre que iba tan deseoso de pelear con Villa, y era el jefe de la vanguardia de la columna que avanzaba a Aguaprieta, supo, se dio cuenta al llegar ya frente a Aguaprieta que habían llegado a ese lugar, por territorio norteamericano, muchos trenes de tropas carrancistas que habían salido de Torreón para Piedras Negras, y de Piedras Negras por territorio americano hasta Tucson. En Tucson desembarcaron con todos los elementos de guerra, sin importar la neutralidad de los Estados Unidos, pues a la hora que le convino al señor Wilson acabar con Villa, autorizó la pasada de todos esos trenes con tropas, para que se le aparecieran a Villa en Aguaprieta, y el más vivo de todos los que intervenían allí fue Cárdenas, porque aprovechó la oportunidad para pasarse al enemigo, traicionar a Villa y entregarse por completo a Plutarco Elías Calles. Desde entonces Calles creyó que Cárdenas era gente de él, de vida o muerte; que no había la menor duda que estaría siempre en las “duras y en las maduras”. Así es que son puras cuestiones de interés personal, pero no de ideologías. Yo convengo en que tenga ideología un individuo que desde que está en su hogar de muchacho se vaya a buscar la Revolución por defender a sus paisanos. Pero un individuo que ha andado con todos, y que en los puestos que le han dado jamás ha dado muestras de ser un amante del reparto de las tierras, o del avance de la condición social de los mexicanos, que diga siquiera un discurso o alguna cosa así convincente. ¡Jamás! Hasta que Calles

le obsequió la gubernatura de Michoacán, entonces, ya con el gobierno, resultó el demagogo tremendo que es.

JW: Parece que había mucho personalismo aquí en México. Pero también los líderes políticos tienen que andar en un ambiente mexicano y en un ambiente mundial, y tienen que ceder mucho en sus propósitos o no van a lograr seguir en el poder. Por ejemplo, al terminar el decenio de 1920 el mundo estaba muy influenciado por Nueva York, por Wall Street, con los programas de gente como Dwight Morrow, que tenían tanta voz en todo el mundo porque el capitalismo en los Estados Unidos se consideraba la cima del avance económico. Al caer Wall Street y al caer aparentemente el capitalismo en 1929, vino un nuevo periodo que tenía sus miras fijas en Moscú, y tal vez podamos decir que el decenio de 1930 fue el decenio en todo el mundo del proletariado, de una utopía del proletariado, por medio de la cual los trabajadores y los campesinos pensaron que podían y debían de coger las fábricas y las tierras para acabar con el capitalismo tan funesto. Pero Calles nunca anduvo en ese ambiente. Él era del ambiente de 1920, especialmente de fines del decenio cuando él era tan poderoso. Cárdenas era de otro ambiente: llegó a la política a la gubernatura de Michoacán de 1928 a 1932 y al venir la depresión y la crisis económica estaba rodeado por hombres intelectuales, que querían andar con las nuevas corrientes mundiales. Cárdenas tuvo que andar en esa corriente, hacia la utopía del proletariado y así vino la diferencia con Calles, sin que Cárdenas entendiera su propia ideología, ni Calles entendiera la suya. Ambos venían de diferentes medios y era lógico que viniera el choque entre los dos. Así Cárdenas pudo llegar a la presidencia como representante de ese romance y ya en el año de 1940 todo el mundo se pudo dar cuenta que el mundo de la utopía del proletariado no podía tener éxito. El mundo se volvió mucho más complejo y Cárdenas tuvo que ceder a esa corriente más realista y poner un candidato a la presidencia como Manuel Ávila Camacho, que era más del centro, y no era tan radical como Cárdenas. Manuel Ávila Camacho dijo: "Yo soy creyente, y no voy a repartir tantas tierras". Y Cárdenas tuvo que ceder ante ustedes que quisieron equilibrar la Revolución para reunificar a tantos sectores y salir de esa política tan de izquierda que había. En 1939 y 1940 se dieron cuenta de que ese mundo no era posible, que no era una utopía, porque las utopías no pueden existir, que el hombre tiene que trabajar en su medio y vino ese cambio, y ustedes representaban otra corriente y trataron de llevar al país hacia otro rumbo y Cárdenas tuvo que ceder, y el curso de la Revolución cambió.

Pero así llegó Cárdenas a la presidencia, y tal vez podamos decir que Ortiz Rubio llegó a la presidencia de un modo parecido. Ortiz Rubio no entendía lo que representaba, ni Calles, ni los demás. Pero los ambientes

mundiales en 1929, cuando Wall Street tenía tanto prestigio, aún no habían caído. Ortiz Rubio vino a la presidencia representando el deseo de poner término al reparto agrario hasta que México pudiera pagar la deuda exterior, hasta que los problemas interiores fueran resueltos. Ortiz Rubio era un hombre que estaba fuera de su tiempo, no entendía los cambios que habían surgido. Cárdenas llegó a la presidencia en momentos muy propicios, porque llegó con su trayectoria, no digamos su ideología, porque no sabía tanto de eso, pero llegó con una trayectoria parecida a la de Franklin Delano Roosevelt en los Estados Unidos. Puso en práctica las nacionalizaciones de intereses tratando de resolver los problemas de una manera parecida a los Estados Unidos.

En 1940 todo había cambiado, el ambiente había cambiado, y usted fue uno de los que querían también ese ambiente porque usted andaba en el nuevo ambiente. Tal vez usted siempre anduvo con su trayectoria, pero su trayectoria vino con los cambios mundiales, con el nuevo ambiente; por eso usted salió como el líder de la oposición.

*JAA:* ¿Qué dice Anguiano de la ideología de Cárdenas cuando estuvo en Michoacán?

*JW:* Anguiano está muy en contra de Cárdenas en todos los aspectos. Dice que quería formar estas ligas y estos sindicatos, y repartir tierras de una manera muy radical, demasiado radical, y que al salir Cárdenas llegó un hombre que quería cambiar todo eso y que por eso Cárdenas se enojó tanto, porque no quería que su trabajo fuera destruido como quería hacerlo Serrato que tenía otra trayectoria, y que quiso rehacer todo.

*JAA:* Creo que usted en sus apreciaciones olvida que quiere reducirlo a término de ideologías de gente que tiene una obsesión para desarrollar una labor en la vida. Considero que, en primer lugar, debe usted tomar en cuenta que aquí, desde 1910, el 95% de los políticos mexicanos han sido políticos improvisados; que no tienen ideología propia sino que van pescando casualmente la actuación que deban seguir para tener partido, pero que en realidad lo único que un político mexicano que llega al poder hace es seguir las cosas con su criterio todavía muchas veces primitivo, primordial. Luego viene la segunda parte: que al terminar su periodo quede un individuo, no que sea maravillosamente hábil en ideología, sino que especialmente haga lo que le ordene el que queda detrás de él. Por eso creo que yerran los que están fuera de México juzgando las cosas, que tratan de encontrar razones para la acción, la actitud de determinado individuo que fue gobernante, porque buscan ustedes una cosa muy complicada de conocimientos, de sentimientos, de ideologías, cuando no hay más que interés de tribu que quiere que su feudo se prolongue en el tiempo.

*JW:* Ese es el fondo del problema. Pero también los políticos pescan, como dice usted, en cada sexenio, en cada época, pescan las palabras para convencer, para justificar a todo el pueblo que ellos deben de ser los líderes. Tal vez se pueda entender por qué esos líderes han cambiado en cada sexenio. Un ejemplo es Lombardo Toledano, que ha cambiado tantas veces. Lombardo dice que él ha tenido la misma trayectoria durante toda su vida. Pero parece que no es así, parece que Lombardo Toledano ha cambiado como todos los demás y ha buscado las palabras de cada época para convencer a todos de que él está al tanto de los cambios del mundo, y piensa que es él quien debe ser el líder, y así entonces parece que él es el escogido para ser el líder. Eso es un asunto muy complejo.

*JAA:* También hay mucha falta de vergüenza. Imagínese usted que por los años de 1928 o 1929 hubo un movimiento universitario. Creo que Lombardo Toledano era director de la Preparatoria, o algo por el estilo. Como yo lo había nombrado antes gobernador de Puebla, Lombardo estaba muy agradecido conmigo. Yo llegué a México bastante enfermo de la campaña contra Escobar, y me interné una temporada en el Hospital Inglés. Estaba yo allí cuando hubo el alboroto de los estudiantes. Entonces me visitaba Lombardo Toledano que no se manifestaba enteramente contrario a los estudiantes. Lombardo Toledano iba y me decía: "Imagínese, mi general, estos muchachitos estúpidos tratando de jugar a los soviets. ¿Qué cosa puede sacar México de esa conducta tonta". Bueno, se manifestaba contra los soviets completamente, Lombardo Toledano, que ha sido jefe comunista. En cambio, el contrario de él, el del PAN, ¿cómo se llamaba? Gómez Morín, tratando por fuerza de sacar raja de madame Kolontay, la embajadora rusa en México. Fue empleado por su gusto, por su idiosincrasia, decía Gómez Morín, de la embajada rusa. Y después resultaron al contrario: comunista Lombardo y conservador Gómez Morín.

*JW:* En política tenemos al hombre económico, al hombre político, al hombre ideológico, al hombre que no tiene nada que ver con política, al hombre poderoso porque quiere únicamente el poder. Es una mezcla muy compleja lo que impulsa al hombre a ser líder político. ¿Por qué se lanzó usted en contra del cardenismo?, ¿fue por interés personal?, ¿fue por ideología?, ¿está usted diciendo que su movimiento es como los demás?

*JAA:* Yo tenía un organismo muy dado al orden, al orden militar, y logré que hubiera orden en la República, que se respetaran los derechos de todo el mundo mientras esos derechos no lesionaran al del vecino. Pero ahora, dígame usted, ¿qué opinión tiene usted de ese señor Matthews que vino del *New York Times*?

*JW:* Herbert Matthews.

*JAA:* ¿Puede ser sincero su radicalismo?

*JW:* Sí. Él es uno de los hombres que ha impulsado más la ideología. Creo que ha impulsado la ideología más que los otros escritores. En cada hombre hay motivos económicos e intereses personales para obtener el poder, para obtener gloria. Durante la Guerra Civil en España, Matthews fue partidario de los republicanos y no quería admitir que había diferencias entre los anarquistas y los comunistas, y creo que a veces añoraba esa utopía del proletariado. Y todavía anda en ese medio, justificando toda clase de muertes. Si hay que liquidar una clase para alcanzar la utopía, pues hay que liquidarla. Así justifica él la Revolución Cubana, lo que es un poco peligroso en estos días. Creo que ya es tiempo en que debemos pasar de esa época en que podíamos justificar la utopía con la liquidación de clases. Pero volviendo a hablar de México, ¿quién está entrevistando a quién?

*JAA:* No, pero es que también tengo mis ideas, me gusta averiguar un poco. Por ejemplo: en los Estados Unidos ha venido de repente la utopía, como dice usted, y resulta un tipo muy atractivo, el señor Kennedy. Sin embargo, uno no entiende qué es lo que pasa, por qué, cómo, en la plenitud de su acción en favor de los desheredados, de los derechos civiles, es asesinado en Dallas ese presidente y, sin embargo, su muerte no causa la conmoción que uno esperara o deseara. ¿Por qué?

*JW:* La conmoción, ¿en dónde? ¿En los Estados Unidos?

*JAA:* En los Estados Unidos. Ahora he leído que cuando Kennedy iba para Texas ya mucha gente temía que se muriera en Texas, sobre todo en Dallas, que dicen que es una cueva, una cosa tremenda de bandidos.

Yo no creo eso. Lo que a mí me causa mucha curiosidad es si en realidad hubo un complot, o si fue cosa de Oswald solo, porque la cosa no es que un loco cometa un acto indebido. En cambio, viene Ruby y mata a Oswald con una pistola, aquí, en el estómago y, ¿por qué lo mata? ¿Que Oswald mató a Kennedy?, bien, se entiende, pero lo que no se entiende es que Ruby vaya a matar a Oswald.

*JW:* Quién sabe. Pero creo que los Estados Unidos sí se conmovieron mucho con la muerte de Kennedy.

7 de julio de 1964

*JW:* Ayer hablábamos del asesinato del presidente Kennedy y quería terminar mis palabras, porque dejé todo en el aire. Estados Unidos se conmovió mucho con el asesinato de Kennedy, pero lloraron a tal grado que ya no les quedan lágrimas. El asesinato pasó a la historia después de llorar tanto, por

dos semanas. Así hacemos todo en los Estados Unidos; hacemos algo con tanta fuerza, que después no nos queda más que olvidarse de todo.

*JAA:* Así es la vida.

*JW:* Quisiéramos volver a hablar de la campaña política de usted en 1940. Durante la presidencia de Cárdenas usted estuvo en Monterrey construyendo el campo militar.

*JAA:* Sí señor, fue una obra que yo había iniciado por mi propia iniciativa, prácticamente sin recursos del presupuesto federal, con pequeñas partidas de economías que podía yo obtener de la Secretaría de Guerra, que ahora se llama de la Defensa. Además, aprovechaba para utilizar elementos abandonados por el gobierno federal. Por ejemplo, el gobierno había iniciado años antes la construcción de un gran campo militar en Sarabia, Guanajuato, y por alguna circunstancia se canceló la obra. Cuando supe de ese campo que abandonaban, solicité autorización para poder disponer de los elementos que se estaban echando a perder allí, para llevárnolos a Monterrey, teniendo la franquicia de fletes en los trenes para servicio militar. Entonces allí me llevé cuanto pude: puertas, ventanas, mosaicos, azulejos, muchas cosas. Además, en aquella época el cemento era muy barato, había competencia de algunas fábricas, pues se consumía poco cemento, y conseguí el precio de treinta pesos la tonelada en Puebla, cuando en Monterrey valía seguramente más de cincuenta pesos. Y como yo sacaba la franquicia de trenes militares para llevar el cemento a Monterrey —cemento y otros materiales de construcción—, entonces el cemento en Monterrey nos salía muchísimo más barato, casi la mitad del precio que se vendía en la plaza de Monterrey.

En esa forma, inicié la construcción del campo militar de Monterrey, con el entusiasmo de todos mis soldados y de los jefes y oficiales, y también vendiendo —tuve autorización para eso— las propiedades de los cuarteles viejos de la ciudad de Monterrey; todo el producto de la venta de esos cuarteles lo dedicaba yo al campo militar. En esa forma se hizo una obra que valía muchos millones de pesos, y prácticamente sin pedir del gobierno federal cantidades cuantiosas de dinero, porque en esa situación de crisis en que vivía México, no se podía esperar que lo que uno necesitaba fuera del presupuesto.

*JW:* ¿En qué años construyó el campo?

*JAA:* De 1930 a 1939.

*JW:* Se dice que Cárdenas era un militar que quería hacer uso de los soldados en la construcción de caminos y escuelas, pero que el general Amaro creía que eso no era muy profesional y que fue un disgusto para los militares. ¿Qué puede contarnos de estos dos puntos de vista?

*JAA:* Creo que no es cierto que hubiera esos puntos de vista contradictorios, porque en esa época esos dos generales y todos los demás que formábamos

parte del ejército no teníamos el hábito de discutir la opinión del presidente de la República. Teníamos la costumbre de obedecer o de proponer algo que aprobara el Presidente y atacar la obra por nuestra cuenta, como me pasó en el campo militar. Que el general Amaro haya sido enemigo de la construcción por parte del ejército de obras públicas no es exacto, porque yo mismo vi, allí, en México, donde ahora está el puente de Insurgentes —adelante de la Glorieta de Chilpancingo—, vi un buen día que allí, dentro de lo más importante de la ciudad de México, entre el río de la Piedad y la glorieta de Chilpancingo, allí llevó el general Amaro unos batallones de su confianza para trabajar en la calzada de Insurgentes y en ese puente.

*JW:* Usted nos dijo que durante la presidencia de Cárdenas usted estuvo en el sureste dirigiendo el trabajo del Ferrocarril hasta la península yucateca.

*JAA:* Sí señor. Eso fue porque cuando fue depuesto el general Ortiz Rubio, los intrigantes se le acercaron al general Calles e inventaron no sé cuántas patrañas en contra mía para halagarlo. Al general Calles le gustaba hacer como que creía las peores tonterías que le decían contra una persona a quien querían perjudicar. Pienso que Calles creyó que era indispensable anularme, para que no tuviera yo aspiraciones políticas. Entonces, cuando ya lo vieron dispuesto a enderezar una ofensiva severa contra mí, sobraron gentes interesadas y ofendidas, como el general Miguel Acosta, que —acabando de estar constantemente conmigo alabando mi actuación en Comunicaciones— cuando sintió que Calles se ponía de mal talante contra mí, desde ese día estuvo en la casa del general Calles hablando horrores de mí. ¡Él, que me alababa tanto poquito antes! Y lo hizo con tanta eficacia, a pesar de ser un hombre poco serio y desprestigiado en cuanto a sus facultades intelectuales, que Calles lo nombró secretario de Comunicaciones para que me sustituyera, como una cosa de hostilidad increíble, y además perjudicial para el país. La Secretaría de Comunicaciones nunca había tenido ley, se había gobernado desde el tiempo de Porfirio Díaz con circulares, disposiciones ministeriales, y cuando entré, en los veinte meses que estuve en la Secretaría, a pesar de que andaba yo por toda la República iniciando obras de mucha importancia, pues hice, con mucho esfuerzo, una buena ley de comunicaciones. Me daba tiempo para reunir con mucha frecuencia, a veces diariamente, a los jefes de todas las ramas de la Secretaría de Comunicaciones para que estudiaran un proyecto de ley, oyendo a cada departamento, el producto de la experiencia de ellos. No sólo eso, sino que también llamaba a entidades externas, fuera del servicio de gobierno, pero que podían darnos auxilio en la preparación de una buena ley. Por ejemplo, tratándose de comunicaciones por carretera, se trataba de organizar una buena legislación para que los camioneros dieran un buen servicio siempre y no abusaran, y que respta-

ran a los ciudadanos. Llamábamos a todos los presidentes de las compañías de camiones para que fueran a discutir con nosotros, en la Secretaría, lo que convenía en el proyecto de ley y lo que no convenía, para evitarlo. Lo mismo hacíamos con los que estaban empezando a organizar cursos de radio y de televisión y preparando leyes.

Cuando llegó el señor Acosta, por anularme, por darle gusto al general Calles, hizo una nueva ley; pero una nueva ley en la que le cambió nada más que la firma y la fecha.

*JW:* ¿En qué año fue eso?

*JAA:* En 1932. De cualquier manera, había yo salido de la Secretaría de Comunicaciones por defender al ingeniero Ortiz Rubio como presidente. Pero ese señor no pudo aprovechar nuestra actitud; no tuvo entereza para defender su presidencia, y nos empujó. Nosotros estábamos más indignados que él, porque no se le respetaba su calidad de Presidente. Como le digo, mandó el general Calles a Acosta a hacer cuanto infamia pudiera contra mí para desprestigiarme ante el país y con tal vileza que el general Calles procedió a obrar contra la compañía constructora Anáhuac, que hizo un trabajo espléndido, de mucha economía para hacer la carretera de México a Laredo. Allí había una compañía americana, que había fracasado, por falta de experiencia. Entonces yo estaba en Nuevo León, como Jefe de Operaciones, poco antes de la campaña de Escobar, de la sublevación de Escobar, poco antes de que asesinaran al general Obregón, y el general Calles, Presidente de la República, tenía mucho interés en que se trabajara aprisa en esa carretera, que era la primera de México como también tenía mucho interés en obras hidráulicas, en presas. Entonces fracasó la compañía americana, y el general Calles —que había visto el entusiasmo con el que, sin presupuesto y nada más con exceso de buena voluntad, iba construyendo mi campo militar admirablemente—, me mandó llamar, allí mismo en Nuevo León, él estaba en la Hacienda de Soledad de la Mota. Fui para allá, lo veía casi todos los días, y me preguntó si estaba informado del fracaso de la compañía Byrne Brothers. Le dije que sí y él me dijo: “Bueno, no nos vamos a quedar así. ¿Qué lo que no pueden hacer los americanos, no lo vamos a poder hacer nosotros?” Le respondí: “Pues yo creo que sí, señor, no hay experiencia todavía entre los mexicanos para construcción de carreteras, pero pagando algún noviciado, yo creo que sí”. Y dijo: “Bueno, pues necesito que forme usted una compañía para que con el personal que usted escoja, usted trabaje esa carretera y me la acabe”. Le contesté: “Pero señor, ¡yo no sé de caminos! ¡Yo no soy ingeniero!” “No. Ya veo cómo usted ha trabajado el campo militar y todo es cuestión de buena voluntad, de energía. De manera que organiza usted la compañía”.

No tuve más que aceptar la orden del Presidente de la República y organicé la Compañía Constructora Anáhuac, con la gran fortuna de poder encontrar rápidamente ingenieros muy competentes, que si no tenían mucha experiencia, en cambio tenían muy buenos conocimientos teóricos, y sobre todo gran voluntad, como son el ingeniero Treviño Arreola, el ingeniero Ricardo L. Vázquez, el ingeniero Salazar, una multitud de ingenieros entusiastas que al tener yo firmado el contrato con la Comisión Nacional de Caminos, empezaron a desarrollar una labor notable en rapidez de construcción, en calidad de obra, y en economía. Como nosotros trabajábamos por nuestro país, por ayudarlo, por imponer la cosa de beneficio para la patria, la obra empezó a desarrollarse y vimos que costaba mucho menos que lo que le costaba a la nación con las compañías anteriores. Así es que puede considerarse el gran ahorro que había, porque la costumbre en esos trabajos públicos era que el contratista daba gratificaciones a los empleados públicos, y eso subía fantásticamente el costo. Como a mí nadie me pedía gratificación por nada, y yo consideraba que con el diez por ciento que daba el contrato para atender toda la administración era más que suficiente, pues yo no sólo no autorizaba que se dispusiera de ese diez por ciento sino que en todo el tiempo que trabajábamos cuando más obteníamos el cinco por ciento. Así se hizo esa carretera de Nuevo Laredo hacia México, sin exageración con la mitad del dinero que hubiera pagado el gobierno a otras compañías.

*JW:* En esa época, ¿tenía usted aspiraciones políticas?

*JAA:* Absolutamente.

*JW:* Calles se equivocó.

*JAA:* Yo nunca tuve aspiraciones, ni entonces ni después. Pero el general Calles en ese caso procedió con un odio que para mí era imposible de entender. Porque yo me decía: "¿de dónde le vendrá ese odio?" Yo no había hecho nada. Bueno, todavía allá en Monterrey me respetaba mucho el hijo del general Calles, Plutarco, que quería ser gobernador; su padre quería que fuera gobernador de Nuevo León. Y Plutarco me frecuentaba mucho, era buen amigo. Pues cuando vio todas las vilezas que me estaba haciendo su padre, él mismo le dijo que yo había trabajado muy bien, y que era en perjuicio para el país.

Su padre le dijo que no se metiera en lo que no le interesaba, y siguieron la ofensiva contra mí. Entonces llegaron al grado de que trabajadores magníficos, perfectamente entrenados, ya con varios años de trabajar en toda la carretera, fueron expulsados por los soldados federales de los campamentos, trabajadores que hacían un trabajo verdaderamente digno de encomio y de admiración. Pues les iban a quitar la comida, su sustento, para echarlos fuera con todo y sus familias. ¡Esas cosas yo nunca las he podido entender!

*JW:* Usted debe de haber estado muy satisfecho cuando Calles fue echado del país.

*JAA:* Había mexicanos callistas, amigos del general Calles, muy prominentes, como don Alberto Mascareñas, que era el jefe del Banco de México, creación del propio general Calles, que me llevó un cuadro con unos versos a Monterrey —que todavía guardo en mi casa—, unos versos de Díaz Mirón, en que exalta a los hombres que cumplen siempre con su deber. Luego, otro íntimo del general Calles, un antiguo cónsul de los callistas de Sonora, Alfonso Pesqueira, que vino al país casualmente, y cuando ya iba otra vez para Alemania, se detuvo en Monterrey, exclusivamente para saludarme, sin haber tenido conmigo amistad antes. Pues fue sencillamente para platicarme que debía tener cuidado con el general Calles, y dije: “Bueno, y por qué. Yo soy jefe de operaciones, estoy trabajando aquí. ¿Por qué tengo que tener cuidado de ese señor?” “No, porque yo le hablé”, y le pregunté: “Oiga, mi general, ¿por qué autoriza usted que al general Almazán lo estén fastidiando tanto? ¿No comprende usted que un día es capaz de hacer una tontería por los ultrajes que se le cometen?” Y el general, imagínese usted lo que me dijo: “De eso se trata, de ver si salta las trancas”. Me lo dijo Alfonso Pesqueira, que vive. Le respondí: “Pero ¿es tan estúpido el general Calles de creer que con estas infamias me va a obligar a mí a salir del cumplimiento de mi deber? Está tonto”, le dije. “Si él hubiera sufrido lo que yo he sufrido de 1910 a 1920, en la miseria, en todos los campos de la República sosteniendo mi ideal, no procedería así. Pero como el general Calles y todos los demás son producto ya del movimiento que organizó Carranza con la ayuda de Wilson, no saben de los grandes sacrificios y no entienden de verdadero patriotismo”, le dije a Pesqueira.

*JW:* ¿Cuándo estuvo usted en el sureste?

*JAA:* El general Calles se fue, lo echaron y nosotros nos quedamos allí, trabajando pacíficamente. Después se volcó el cuerno de la buena suerte sobre la cabeza de Cárdenas, y fue Presidente de la República.

Entonces Cárdenas fue algunas veces a Monterrey. Allí me visitaba y primero mandó al ingeniero Cabrera, director general de los Ferrocarriles Nacionales, que iba de parte del presidente Cárdenas a decirme que ellos creían conveniente darme un contrato para la construcción del Ferrocarril del Sureste; le dije: “Hombre, ingeniero Cabrera, ¿usted cree que yo le voy a trabajar a un gobierno mexicano con las porquerías que me hizo, las infamias, la ignominia de la conducta del presidente Calles? ¡No, hombre! No debe usted creer que haya quien vuelva a la misma cosa”. ¡Pues no acepté!

Andando el tiempo ya había nuevo director de los Ferrocarriles Nacionales, el ingeniero Madrazo. Y al poco tiempo, otra vez, otra visita a Monterrey,

a inspeccionar no sé qué, pero a visitarme en el campo militar con la misma cosa, que el señor presidente Cárdenas me rogaba que yo aceptara un contrato para el Ferrocarril del Sureste. Le dije: "No señor, ¡al gobierno no le vuelvo a trabajar yo en la vida! Acabaron con mis pocos intereses, con la expulsión de mis trabajadores, en los contratos que estábamos haciendo con un gran éxito para la República, sin piedad, sin compasión, con la peor de las crueldades. ¿Y voy a entrar otra vez? ¡No señor!" Pues no acepté.

Entonces, andando los meses se presentó el general Cárdenas, el Presidente de la República, y me dijo: "General, yo necesito, ya que usted tiene tanto entusiasmo para trabajar, necesito que el país aproveche algo de su buena voluntad. Yo le he mandado ver para que trabaje en el sureste".

Le contesté: "Señor, yo le agradezco mucho. Pero yo le he mandado decir a usted que con el gobierno de nuestra patria no hay que trabajar nunca, porque es el patrón más mal agradecido, el gobierno mexicano".

Entonces Cárdenas dijo: "¡Ah, no! Pero no todos los gobiernos van a hacer lo mismo. A mí me consta todas las porquerías que le hicieron. Pero con usted será muy distinto. Yo le prometo que se le atenderá debidamente, rápidamente. La cuestión es que yo necesito que ese ferrocarril se haga rápido. Así es que yo le suplico".

Respondí: "Bueno señor, pues eso ya es una orden nueva; esa es la tercera. Ya pecaría yo de muy presumido si creyeron que era yo tan indispensable. Y el modo de corresponderle a usted a sus atenciones es decirle que sí".

Hicimos los contratos y él me juró que nunca me molestaría, y que siempre nos atendería muy bien, y nos pusimos a trabajar. Por cierto, me dieron la obra dura, la obra gruesa, la obra de abrir la selva y trabajar sobre los pantanos y cruzar los ríos.

*JW:* ¿En qué años?

*JAA:* En 1935, 1936, 1937 y 1938. Entonces, cuando empezamos a trabajar con mucha fibra, vino el embajador Castillo Nájera que después murió. Era embajador en Washington, era muy amigo de Cárdenas, y le dijo: "¡Ah! Ya vi que por fin el general Almazán está trabajando allí en el sureste". Cárdenas contestó: "Sí, está trabajando para que se acabe pronto ese trabajo". Castillo Nájera dijo: "Entonces ahora qué envidia le van a tener a Almazán los demás militares porque se va a hacer rico allí". Cárdenas le dijo a Castillo Nájera: "Pues sí, se va a hacer rico, pero dígame usted, ¿quién otro de los militares envidiosos puede hacer la obra del general Almazán?" "A no, pues eso sí".

El general Cárdenas quedó encantado que yo le trabajara a él, pero también tenía horror a la idea de que yo interviniera en política, y yo no pensaba absolutamente, estaba yo muy tranquilo.

*JW:* ¿Conoció usted a Garrido Canabal?

JAA: Sí, lo conocí allá en Tabasco.

JW: ¿Qué tipo de hombre era?

JAA: En lo personal era un hombre muy agradable. Cuando llegué a Tabasco, él me fue a recibir como gobernador del estado, y me acompañó durante el recorrido del estado, por los ríos y me acompañó hasta entrar a Campeche. La actitud de él era la de un hombre decente, amable y servicial. De sus golpes de radicalismo, no tuve oportunidad de presenciar nada.

JW: ¿No pudo presenciar sus camisas rojas?

JAA: Eran payasadas, no pude ver nada de estrambótico. Pero trabajamos muy bien, trabajamos con mucho éxito en ese terreno tan difícil. Pero le digo que nos tocó lo más duro de la cosa, porque a nosotros nos dieron el contrato de hacer el terraplén, es decir, rellenar pantanos, abrir selvas, rellenar todo, pasar los atascaderos, los piélagos de lodo inmensos, para dejar ya el terraplén formado. En la situación de que detrás de nosotros venían los ferrocarriles con su tren formado, acarreando rieles, instalándolos en los terraplenes, atornillando.

JW: ¿Conoció a Adalberto Tejeda, el gobernador de Veracruz?

JAA: Adalberto Tejeda también tenía fama de excesivamente radical, pero como le digo a usted, nosotros los militares en aquella época nos dábamos a respetar con seriedad y con buena estimación del público para nosotros. Con nosotros los demagogos frenéticos no se metían mucho; nos respetaban. Por consiguiente, cada vez que yo hablaba, por ejemplo, con el de Tabasco, Garrido Canabal, con Tejeda, el de Veracruz, hasta con Herón Proal, un demagogo formidable de los inquilinos veracruzanos que había organizado para quitarle todas las casas de Veracruz a los propietarios, conmigo eran muy discretos, me respetaban.

JW: ¿Usted apoyó a Cárdenas para la presidencia en 1934?

JAA: Naturalmente, porque aunque yo dudaba de su capacidad administrativa, no me inquietaba su radicalismo porque francamente creí —tengo la seguridad todavía— que no era para que me asustara el radicalismo de Cárdenas, porque yo me sentía toda la vida, desde 1910, tan radical o más radical que Cárdenas. Yo lo que critiqué toda la vida y que creí que era funesto para el país, no eran los principios revolucionarios, por más enérgicos e intransigentes que fueran, sino la falta de honradez en la administración de los intereses nacionales, tanto de la nación como de particulares. Eso es lo que peleé mucho desde que nos juntamos el primer día Zapata y yo, y eso provocó que Zapata en un momento de tontería diera orden de que me fusilaran. Esa cuestión precisamente de que los primeros jefes zapatistas eran ladrones, y yo no lo era, y yo me oponía, y a Zapata le metieron en la cabeza que yo no era de confianza.

*JW:* El general Jacinto B. Treviño nos contó que Cárdenas tuvo mucha fama adentro del ejército por leer a Marx, por llevar debajo de su brazo los libros de Marx.

*JAA:* Yo nunca le vi ese libro. Pero francamente considero que Cárdenas cualquier cosa sociológica no la había digerido. Considero que Cárdenas debía haber estudiado mucho antes de hacer públicas sus ideas. Pero lo malo fue que sin entenderlas bien, sin convicción. En primer lugar se asustó de su obra, y luego puso a Ávila Camacho de presidente, dizque para que enmendara sus errores. Pero las cosas no se enmiendan con que se ponga a una gente que esté obligado o esté dispuesto a obedecer como presidente, porque le regalaron la presidencia y tiene que hacer lo que le esté diciendo el consejero supremo toda la vida.

*JW:* Dentro de los programas de Cárdenas, ¿estuvo usted de acuerdo con la expulsión de Calles?

*JAA:* Naturalmente, porque yo hablé antes con Cárdenas, cuando era ya presidente, y le dije: "Oiga usted, tenga cuidado porque el general Calles puede hacerle a usted una tanteada aquí con el embajador Daniels, para ponerlo de punta a usted con Washington?" El general Cárdenas me dijo: "No tenga cuidado por eso; ya sé que van algunos elementos a ver al señor Daniels con cuentos del general Calles, pero yo en la embajada también tengo mis amigos, y por ese lado estamos muy seguros". Le dije: "Bueno, pues también tenga usted cuidado, de que los periodistas, movidos por los callistas, vayan a hacerle a usted mucha labor perjudicial por su radicalismo". Cárdenas contestó: "No tenga cuidado. Ya vamos a dar una ley para controlar el papel de los periódicos". Y efectivamente, de allí a poco controlaron los periódicos. Ningún periódico hasta la fecha, desde el tiempo de Cárdenas, puede disponer del papel que no le autorice el gobierno. Por eso todos los periódicos tienen que decir lo que el gobierno quiera. ¡Y dicen que hay mucha libertad de prensa!

*JW:* Es control indirecto entonces.

*JAA:* Yo le llamo cínico.

*JW:* ¿Estuvo usted de acuerdo con la expropiación del petróleo en 1938?

*JAA:* Sí, yo había estado de acuerdo desde que Victoriano Huerta mandó al Congreso unas iniciativas para expropiar el petróleo mexicano, para nacionalizarlo. Desde entonces estuve de acuerdo.

*JW:* ¿Estuvo usted de acuerdo con el programa de Cárdenas de repartir la tierra en gran escala?

*JAA:* Nunca he estado de acuerdo con las cosas que no se hacen con un estudio concienzudo, y que se hacen nada más para llamar la atención y tener mucho pueblo. Desde el primer día, con mi declaración del 15 de

octubre de 1911, dije que el gobierno de Madero, si no quería fracasar, si no quería ser destruido por una revolución agraria, el gobierno —allí está todo escrito— el gobierno debía comprar todas las tierras y...

*JW:* Y venderlas.

*JAA:* Venderlas, fraccionarlas. Eso era para el periódico. Yo hablaba con los jefes y todo consistía en una cosa más detallada. Decir a cada propietario hacendado: "Tú no vas poder tener más que esta superficie".

*JW:* ¿Cuánto?

*JAA:* Cien hectáreas. "Luego todo lo demás tienes que venderlo realmente. ¿Y a quién le vas a vender de preferencia? Tienes que venderlo a tus mismas gentes, a tus empleados viejos que tienen práctica, que te conocen, que les tienes confianza. Entonces tú vendes eso, pero tú los vas a refaccionar para los cultivos. Entonces, la hacienda que tú fraccionas, que vendes a tus trabajadores, tú mismo la estás haciendo progresar mucho. Y cada individuo que te compre, como te tiene que pagar, tú te encargas de que tenga éxito en sus cultivos, en sus trabajos para que te pueda pagar. Y todo eso significa la prosperidad de la región entera". Ese era el punto de vista de nosotros.

*JW:* ¿Y qué hay de los ejidos?

*JAA:* También fue una causa que puse con Zapata. Allí habla de que hay que darle a los pueblos sin tardanza sus tierras y sus aguas.

*JW:* ¿Entonces usted ha favorecido la pequeña propiedad además del ejido?

*JAA:* Sí señor. Siempre.

*JW:* Usted cree que Cárdenas dio las tierras sin estudio por un asunto demagógico. Pero Cárdenas ha dicho que él creía que si él no hubiera repartido todas las tierras que se dieron, que hubiera habido una revolución.

*JAA:* No señor. Cómo, si se va a repartir tierras y a venderse y a trabajarse, y a aumentar la riqueza del campo en un grado superlativo, ¿quién hace la Revolución?, ¿quién es capaz de hacer una revolución? Las revoluciones se han hecho con los cuartelazos históricos de México, y si han fracasado esos cuartelazos no es por obra de Cárdenas. Si han fracasado esos cuartelazos últimos de 1923, 1927 y 1929, es porque nosotros, los que no estábamos de acuerdo con los cuartelazos, fuimos a luchar y derrotamos y acabamos con esa costumbre de hacer cuartelazos.

*JW:* ¿Qué pensaba usted de los ejidos colectivos como los de La Laguna y los de Yucatán?

*JAA:* Pues que todo fue culpa de la poca preparación de Cárdenas para entender esas cosas, y de la poca habilidad para escoger gente honrada. Porque desde 1930 para adelante se ha procedido con la idea de dejar que los amigos, los que se necesita que sean de ellos, que los sostengan para toda la vida, mejor si se hacen inmensamente ricos.

*JW:* La nueva clase.

*JAA:* La nueva clase es gente insaciable.

*JW:* ¿Qué pensaba de las huelgas que surgieron al entrar Cárdenas a la Presidencia?

*JAA:* Cuando el general Cárdenas empezó en la Presidencia no me di cuenta de esa agitación, porque sinceramente yo fui enemigo de esa cosa que podía favorecer a Calles, eso de las huelgas contra Cárdenas. Yo no podía interesarme mucho, ni de un lado ni de otro, porque el general Calles me tenía profundamente indignado, y yo no podía defender su causa; en cuanto a Cárdenas, al que siempre consideraba yo como demagogo, el mayor peligro era su falta de preparación cultural para esos problemas graves. Pues tampoco podía yo ponerme contra Cárdenas, en la prensa o en la cosa esa, porque yo no hablaba. Yo estaba en mi trabajo y estaba, como quiera que sea, muy obligado con Cárdenas, porque casi me había obligado a trabajar otra vez en el sureste.

*JW:* ¿Conoció usted a Vicente Lombardo Toledano?

*JAA:* ¡Ah! Cómo no. Yo lo hice gobernador de Puebla.

*JW:* Eso fue en los años del decenio de 1920, pero ¿siguió tratándolo durante el régimen de Cárdenas?, ¿siguió siendo amigo de usted?

*JAA:* Sí. Todas esas gentes eran amigos míos. Me respetaban, tenían simpatía por mí, hasta que se trató de la imposición natural, como dicen ellos, del sucesor de Cárdenas. Entonces, cuando empezaron a trabajar, Cárdenas puso a cuatro candidatos de él para la sucesión: a los generales Gildardo Magaña, Francisco J. Múgica, Sánchez Tapia, y Manuel Ávila Camacho. A los cuatro generales los alentó Cárdenas para que entraran a la campaña, porque él ya sabía que, de acuerdo con la conciencia de cada quien, nadie era capaz de enfrentarse a su voluntad. De modo que a los cuatro los alentaba para que hicieran algún trabajo, segurísimo de que al final, cuando la campaña estuviera más adelantada, decirles a los otros: "Pues hombre, las condiciones del país requieren un hombre honorable, un hombre bueno, un hombre serio, para poner al peor, porque sencillamente no era militar, no había luchado, no sé sabía nada de que hubiera ganado un solo tiroteo en toda la República, ¡jamás! Porque era de una familia, desde la madre de Ávila Camacho, una señora como dicen, de "Pelo en Pecho", que era famosa en Teziutlán, Puebla, por su energía para tratar a los vecinos, su carácter extremadamente duro, y que heredaban de ella, sus hijos, especialmente Maximino Ávila Camacho, que es el hombre que tiene el campeonato de asesinatos políticos en toda la historia de México. ¡Ah, sí! Eso se lo dije en su cara a Maximino allá en Veracruz, en un mitin.

*JW:* ¿Qué pensaba usted del programa de educación socialista de Cárdenas?

*JAA:* Considero que en todas esas cosas de educación socialista, ni Calles, ni el general Cárdenas, ni nadie han sido sinceros; siempre están prestos a que haya componendas. Cuando el general Calles era Presidente dio esa ley famosa que provocó el levantamiento de los cristeros. Yo tenía entonces a mi madre de ochenta y tantos años, una ancianita que todos los días iba a misa. Llevaban a la ancianita a la iglesia, todos los días; aunque estuviera enferma, ella quería ir. Bueno, cuando dio Calles esas disposiciones de que los sacerdotes se registraran y que ellos no aceptaron, y que se vino el atentado contra el general Obregón, pues ya se pusieron las cosas muy difíciles, porque la ley establecía que en la casa donde sorprendieran que se estaba celebrando una misa, esa casa pasaba a poder de la nación. Bueno, pues un día fui a ver al general Calles y le dije: “Oiga señor Presidente —yo estaba de jefe de operaciones en el norte pero vine a México— usted sabe que yo en cuestión de ideas religiosas soy siempre muy independiente y que no me gusta ni meterme en las ideas de otros ni que nadie se meta con las mías. Pero ahora me veo obligado a hablarle a usted, a decirle que mi madre es una anciana que está acostumbrada a oír misa todos los días; que si puede oír veinte misas en el día, veinte en un día oye: por su marido muerto, otra por su mamá, otra por su papá, otra por cada uno de sus hijos, doce hijos. Pues son muchas misas. De manera que mi madre no tiene más en la vida que sus misas. Bueno, pues allá en la casa yo le estoy haciendo una pieza grande y he autorizado que la hagan un oratorio, provisional, como sea, y también he dado mi consentimiento para que diariamente la viejita oiga allí todas las misas que quiera. De modo que yo le participo a usted que allí, en mi casa, en tal parte, va un sacerdote que yo no sé ni quién es, a decir misa todos los días. Eso se lo digo a usted”. Pues nomás se quedó viendo el general Calles, así, medio feo, y nunca se metió con mi madre para nada. De manera que también en el tiempo de Cárdenas, en el norte, un día me habló mi señora y me dijo: “Oye, la niña, una sola hija tengo y estaba en un colegio católico francés, de la Colonia del Valle, el Colegio Mayorazgo; la niña había estudiado francés desde Monterrey, se había venido a México y allí hablaba francés casi mejor que el español. Era un grupo grande de muchachas y estaba muy contenta. Ahora aquí está la niña: ¿qué piensas hacer con ella; ya no tiene colegio”. “¿Cómo que no tiene colegio?” “Pues no, yo no sé qué pensarás tú: si llevarla al extranjero, porque cerraron el colegio de ella”. “¿Por qué lo cerraron?” “Pues porque llegaron unos demagogos de esos de Cárdenas; llegaron y abrieron los pupitres y encontraron algunas estampitas allí en un escritorio, y clausuraron el colegio”. Entonces estaba ya el general Cárdenas de presidente, y le dije: “Señor Presidente: acaba de hablar mi señora por teléfono que pasó esto hoy en la mañana en México. Yo creo que eso es una

gran tontería, que dejen esta gente —List Arzubide se llamaba uno de los que clausuraron el colegio— que vayan a clausurar colegios muy importantes, donde hay centenares de alumnos”.

*JW:* ¿Germán List Arzubide?

*JAA:* Sí. “Que vayan a cerrar colegios que están dando un gran servicio a la cultura del país, independientemente de lo religioso. Pues qué modo es ese de que progrese la instrucción en México, si no se deja libertad. Ahora lo que pasa es que muchos de los de usted son muy demagogos, muy importantes en su escándalo demagógico, pues encantados de que clausuren colegios y que procedan de esa manera, porque ya hace tiempo que tienen a sus hijos en los colegios de Canadá, de Estados Unidos, de Suiza y de Francia; porque pueden gastar muchos miles de pesos en pagar a esos niños. Y el resto de los mexicanos, las muchachitas mexicanas que no tienen quién les pague en el extranjero, ¿qué van a hacer? ¿No tienen derecho a tener instrucción en México como se les antoje?” “Pues a ver qué hay”, dijo y cogió el teléfono y ordenó que se abriera, y al día siguiente estaba abierto el colegio otra vez. Para que vean ustedes que son muchas veces abusos de gentes que con el pretexto de que el presidente es muy radical, se aprovechan para cometer verdaderos abusos.

*JW:* Durante el gobierno de Cárdenas, ¿cuál fue la posición de la Iglesia?

*JAA:* Pues a mí me aseguraron que Cárdenas desde Michoacán tenía muy buenas relaciones con el arzobispo de Morelia. Y que cuando estaba la cosa más intransigente en México, Cárdenas era muy afecto a llegar a tomar chocolate con las educandas, en un colegio católico de Morelia. De modo que le gustaba tener tratos con las monjitas y fastidiar a la gente pobre. Eso no es sinceridad.

*JW:* Entonces, durante la presidencia de Cárdenas, ¿la Iglesia no tuvo muchas dificultades?

*JAA:* Pues hasta me aseguró el señor Vicente Estrada Cajigal, que él era enviado de México ante la Liga de las Naciones, las Naciones Unidas, que allá un día él se levantó a decir un discurso muy enérgico en favor de las ideas del gobierno mexicano contra la instrucción y que lo felicitaron allí algunos, que lo fueron a felicitar, pero que un barón alemán, después de las felicitaciones, le dijo: “Señor, he oído su discurso y francamente lo felicito por el calor que pone usted en defender a su gobierno, a su presidente, pero, bueno, hablando de otra cosa, debe usted concederme que hay mucho de cosa convenida o cosa ficticia”. “¡Ah, no! Nosotros somos sinceros”. “Bueno, yo no lo quiero ofender a usted, pero toda esa cosa del arzobispo de Morelia, Martínez, todo eso está puesto en México a solicitud del gobierno mexicano, a solicitud del general Cárdenas para que ande allí en mucha

armonía la Iglesia con el Estado". "Pero hombre, usted falta a la... No es exacto, y yo estoy muy bien enterado". Dice el barón: "Bueno, si usted me da cuarenta y ocho horas yo le enseñó fotostáticas que lo convenzan a usted de la realidad". "Pues, usted no me puede decir..." Bueno, en cuarenta y ocho horas, Estrada Cajigal, que allí vive y me lo ha dicho, se convenció de que a Cárdenas le gustaban las cosas fáciles. Así es que no puede usted confiar en México en que haya sinceridad en esas cosas delicadas a favor de la religión, en contra de la religión, a favor del marxismo, o contra el marxismo.

*JW:* ¿Cree usted que Cárdenas sea religioso? ¿Qué es?

*JAA:* Como todos los mexicanos. Todos los mexicanos son bautizados, son hijos de católicos, y cuando ya se van a morir entonces sí quieren confesarse. Pero mientras eso no sucede, no les importa nada.

*JW:* ¿Y usted?

*JAA:* Pues oiga, ¿quién sabe si por allí ande yo también? Porque, en realidad, mi familia es muy religiosa, y chocamos muchas veces porque les digo que son fanáticos y que no me gusta ver a tanto zopilote por mi casa: las monjitas que van. Por supuesto se los digo sólo por molestar gente, no porque no me parezca. Yo los dejo en libertad en ese sentido. Pero de lo católico se acuerda uno, de la fuerza de su catolicismo, lo que le imbuyeron a uno sus padres, su familia desde que nació; eso hace explosión en un momento de gran peligro; entonces usted busca una cosa sobrenatural que lo calme o que lo salve. Y eso no se puede evitar. Usted, ¿qué cosa es?, ¿qué religión tiene?

*JW:* Pues ninguna.

*JAA:* ¿Nada?, también yo digo "nada". Pero usted, cuando está en mucho peligro, ¿no invoca a Dios? Niega la verdad.

*JW:* Hablando más de los programas de Cárdenas, ¿qué pensaba usted de su política con España, con su política nacional exterior, con España?

*JAA:* Esa política contra España se me hace no perversa, sino simplemente tonta, porque las relaciones entre los pueblos deben ser para beneficio de los dos pueblos. De manera que si con dos pueblos que viven, que son por un lado treinta y tantos millones, cerca de ochenta millones por los dos lados, ¿cómo es posible que no haya necesidad de que esos pueblos tengan relaciones?

*JW:* Pues Cárdenas tuvo relaciones con la República.

*JAA:* Bueno, se acabó la República ¿y qué?

*JW:* Nada.

*JAA:* ¿Y entonces la doctrina Estrada? Ellos dicen que no pueden tener relaciones con una dictadura. Allí, en el parlamento inglés, ayer hicieron la tontería de que no podían tener relaciones con Franco porque es fascista. ¡Pero hombre!, a mí no me importa quién sea Franco; yo ni lo conozco ni me interesa, pero después de tantos años que éste pudo sostenerse allá, ¿qué les

importa estar averiguando acá? Ahora, que sí es porque es dictadura, pues tan dictadura es la de Franco como todas las dictaduras que hay por Europa. Quitando a los países escandinavos a Francia, a Italia, a Inglaterra, todos los demás son puras dictaduras. Entonces ¿por qué no ser francos? ¿Por qué no ser honrados?

*JW:* Durante el régimen del presidente Cárdenas ¿cuando surgió la candidatura de usted? ¿Y cómo era que usted, sin tener interés en la vida política, llegara a ser el candidato de la oposición, en contra del cardenismo o en contra de Ávila Camacho?

*JAA:* Yo siempre fui enemigo de las cosas que pasan, de que el único que sabe quién va a ser presidente hasta la víspera es el Presidente. El pueblo mexicano está anulado, el pueblo mexicano en realidad ha hecho lo que hacen en Rusia y en todas partes. Les dicen: "Van a ser diputados y regidores y senadores y presidente, allí va la lista, para que digan que sí. ¿Esa es voluntad popular? Contésteme.

*JW:* No.

*JAA:* Así es que, todo eso a mí siempre me caía muy mal. Ahora, cuando el general Cárdenas escogió a esos hombres para que figuraran como candidatos, él ya tenía decidido que había de ser presidente Manuel Ávila Camacho, eso lo sabíamos. Yo lo sabía, porque precisamente Sánchez iba a platicarme todas las cosas que estaba haciendo Cárdenas; Gildardo Magaña iba a platicarme que estaba indignado porque Cárdenas lo estaba tanteando; Francisco Múgica lo mismo, y todos los amigos míos estaban indignados por esa actitud hipócrita de Cárdenas.

*JW:* Hay muchos que dicen que Múgica era el lógico heredero de Cárdenas.

*JAA:* Creo que sí, porque Múgica fue un antiguo compañero mío de la Revolución, desde los primeros días que estuvimos en San Antonio, él y yo siempre andábamos juntos. Él era mayor que yo, pero nos llevábamos muy bien, y siempre, hasta que murió, tuvimos muy buenas relaciones. A pesar de que él después, cuando yo me vine de los Estados Unidos, disgustado con Carranza para hacer aquí el zapatismo, Múgica se quedó allá, y como luego Carranza entró a Chihuahua siguiendo a Madero, pues Múgica se fue con Carranza, y desde entonces fue amigo de Carranza. Pero originalmente éramos muy amigos, iguales en ideas y todo. Sólo que a mí Múgica me parecía un jacobino, de un radicalismo que a veces quería aparentar para figurar como hombre de provecho moderno, y yo era un tipo distinto de apreciar mejor siempre la franqueza, la sinceridad, la verdad y no andar ocultando nada de su idea. Así es que cuando en 1939 Cárdenas puso a sus candidatos para que luego se sujetaran a Ávila Camacho, pues los otros estaban indignados y no se atrevían a hablar. Pero me vinieron a ver, a decirme: ¿"Cómo es posible?

¿Qué clase de democracia es ésta que ha de ser presidente este señor que no vale nada y que no es revolucionario, que no tiene ningún antecedente? ¿Cómo es posible?" Creo que eso influyó en la opinión de los viejos candidatos y en el general Amaro, al que también le gustaba la política y que también estaba de mi parte, eso me sirvió para decidirme a contestarles.

En Monterrey sobre todo, en el norte había un fuerte grupo de gentes que querían imponerme el entrar a la lucha política. Entonces dije: bueno, pues si es cuestión de pedir que haya verdadera lucha electoral para que salga quien deba salir, quien tenga más votos, y como éstos no van a sacar nada, porque va a ser una burla, según ellos mismos dicen, pues yo sí me le enfrento a Cárdenas. Entonces vine a hablar con Cárdenas y me llamó y me dijo: "Oiga usted. Me he dado cuenta de que se anda hablando ya de su persona para la lucha política, y yo quiero apresurarme a decirle que usted no debe pensar jamás que yo tengo interés en apoyar a nadie contra usted. Yo quiero que esta vez el pueblo sea el que elija y que nosotros seamos para siempre amigos como ahora". Le dije: "Yo le agradezco mucho, señor presidente, porque efectivamente grupos grandes me andan animando, y yo, por eso que me dice usted, pues solicito retirarme del ejército para auscultar, para darme cuenta si realmente puedo tener gente". "Pues ya le digo, usted cuenta con que nunca habrá nada de mi parte en contra de usted".

*JW:* ¿Esto fue en 1939? ¿En qué mes?

*JA:* En 1939. Creo que ha de haber sido los primeros meses de 1939, en abril. Entonces volví a Monterrey. Dejé en México la solicitud para que me dieran la licencia para separarme del ejército en junio, para que ya estuviera yo un año retirado del ejército el día de las elecciones. Regresé a Monterrey y entonces empezó una campaña muy fuerte en todas partes a mi favor.

*JW:* ¿Quiénes? ¿Qué grupos le apoyaron a usted?

*JA:* No tenía grupos: el pueblo, organización espontánea, de llamarada. Mucho entusiasmo, porque había yo tenido las victorias contra los cuartelazos en Esperanza en 1923 en que acabamos allí a las tropas de Guadalupe Sánchez, de De la Huerta, y luego después la de Escobar, por todo Chihuahua hasta Sonora. Y con motivo de esos triunfos, creían que yo tenía la fuerza militar detrás de mí.

*JW:* Usted fue el candidato de la oposición unida.

*JA:* De toda la oposición unida. Sí, hasta el apoyo del general Amaro que tenía mucho disgusto conmigo.

*JW:* ¿Y el PAN, los de Acción Nacional y Gómez Morín, que querían apoyarlo a usted?

*JA:* Eso fue una porquería inaudita. Empezó a figurar el PAN y en Monterrey, entre los ricos y los banqueros, había una organización, una efervescencia

para organizar un partido político; gentes de impulso, entre ellos un tal Antonio Rodríguez y Armando Ravisé, y otros muchos, que estaban dizque muy agradecidos conmigo porque les había dado muchas garantías en los años que había yo estado allí. Ellos me hablaron de que venían a México a unas juntas encabezadas por Manuel Gómez Morín, para organizar bien un partido fuerte; ellos ya habían visto que era imposible que cualquier partido que organizaran pudiera luchar contra mi candidatura, que veían que era arrolladora. Entonces habían hablado con Gómez Morín y él había estado de acuerdo en eso de que el pueblo estaba conmigo. Y también me dijeron que en realidad el director, el organizador del PAN era el clero. Entonces les dije: "Yo soy un escéptico en la cuestión de que el clero se mezcle en política en México, porque siempre ha llevado a sus candidatos al fracaso más rotundo, lo mismo con Iturbide que con Maximiliano y con todos. De manera que no quiero saber nada de ningún partido que organicen los obispos y los arzobispos. Cada sacerdote en lo particular puede tener las ideas que quiera; puede tomar parte como soldado de un partido, pero no organizarse en ningún partido para favorecer a los arzobispos y obispos, porque eso es fatal. Entonces ellos me ofrecieron que trabajarían y esperaban el resultado, y empezaron a trabajar, de acuerdo con Gómez Morín, como almazanistas. Incluso en muchas ocasiones Gómez Morín aportaba algunas ideas para mis discursos, que mandaba a un licenciado Teófilo O. Leal, originario del estado de Guerrero, y que era de los Siete Sabios de Grecia, como Gómez Morín y Lombardo, y que estaba muy entusiasmado con mi campaña. Después Teófilo O. Leal, cuando triunfó Ávila Camacho, me fue a ver cuando renuncié, y dijo: "Oiga, pues ya ve usted lo que nos pasó". Le respondí: "Pues sí, por eso renuncié, por la porquería esta de meterse el gobierno americano a nuestras cosas". Leal dijo: "Ahora me ofrecen que yo sea magistrado de la Suprema Corte", y le dije: "Creo que sí debe usted aceptarlo. Si ya usted no tiene compromisos conmigo, porque ya renuncié, debe usted aceptar". Y fue magistrado de la Suprema Corte hasta que se murió. Pero con ese motivo platiqué con Leal. Por él supe cómo había estado en realidad la cosa, lo que me produjo verdadero asco. Estando Acción Nacional completamente conmigo, un día el arzobispo Martínez cogió a la directiva del PAN, en mayo o en junio, ya en vísperas de las elecciones, y los llevó a Teziutlán. Él ya había arreglado que el general Ávila Camacho los aceptara en sus filas e hicieron un pacto allá; públicamente el PAN estaba conmigo, pero ya ellos habían ido a firmar allí su claudicación con Ávila Camacho. Para que vea usted qué clase de gente son esas que manejan los obispos.

Ahora yo había pregonado sin límite: siempre he luchado contra los cuartelazos, pues creo que es la peor costumbre que puede haber en el país,

de adueñarse del poder por medio de los soldados. Creo que aquí, en México, los soldados no deben de hacer política, pero como también veo que es indispensable que se obedezca a la ley, que recuerde que dizque la voluntad del pueblo es soberana para elegir a sus gobiernos, y como no sucede así, porque siempre se burla de la voluntad popular, entonces considero que aunque es necesario no admitir cuartelazos, sí es indispensable que el pueblo se manifieste en masa. Es indispensable que si se siguen burlando de él y pasando sobre la ley, y si no hay más voluntad que la del tirano, entonces el pueblo debe insurreccionarse.

*JW:* ¡Eso es muy diferente de un cuartelazo!

*JAA:* Seguro, absolutamente. Entonces el pueblo va con armas, con garrotes, con lo que sea, a exigir que se le respete. Entonces los soldados tienen la obligación de seguir a ese pueblo, de no pelear contra el pueblo.

*JW:* Una pregunta. ¿Estuvo la familia Madero con usted durante su campaña de 1940?

*JAA:* ¡Completamente! La familia Madero estuvo conmigo.

*JW:* ¿Quiénes fueron?

*JAA:* El presidente del partido que formamos era un hermano del señor Madero, Emilio Madero.

*JW:* ¿Y no parecía esto muy extraño —habiendo sido usted partidario de Huerta antes—, que tuviera a la familia de Madero de su parte después, porque fue Huerta quien acabó con Francisco Madero?

*JAA:* No, eso ya era de antecedentes muy largos.

*JW:* ¿Ya todos habían olvidado? ¿Hubo muchas críticas a la familia Madero por habersele unido a usted? ¿Por ese motivo?

*JAA:* Yo siempre me manifesté muy respetuoso del señor Madero y a su familia le constaba, que yo en la casa del señor Madero, en presencia de toda la familia, yo le decía al señor Madero que él debía atender las exigencias del pueblo de Morelos, que no era cuestión de que Zapata era un bandido, y que había que proceder contra él, ¡no señor!, que era el pueblo de Morelos el que exigía la tierra, y que en mi concepto había que darle esa tierra al pueblo, para ser justo.

*JW:* ¿Inmediatamente?

*JAA:* De inmediato, gastando dinero, pero hacer fraccionamientos. O de otro modo, como se estaba empezando a hacer, se reducía todo a mandar soldados a perseguir a Zapata, y entonces lo que iba a hacer era provocar una rebelión agraria de resultados funestos para el país y de una fuerza incontenible, y el señor Madero iba a ser una de sus primeras víctimas.

*JW:* Pero Cárdenas tiene la fama más grande de entregar la tierra.

*JAA:* Sí, pero sin sentido, con su pensamiento demagógico de atraer mucha gente para hacer propaganda marxista y ser el hombre de la situación hasta Chile y la Patagonia.

*JW:* Se ha hablado de muchos comunistas dentro de la administración de Cárdenas.

*JAA:* Pues sí, en varios gobiernos, especialmente desde la administración de Cárdenas, los gobiernos cogieron la costumbre de aparentar comunismo, y naturalmente sobraban aspirantes a empleos jugosos en que demostrando ideas socialistas, ideas avanzadas, ideas progresistas, obtenían muy buenos empleos; especialmente entre los elementos políticos sobraban candidatos para ir de la calle a disfrutar de muy buenos sueldos. Ese ha sido el comunismo mexicano. Yo respeto sinceramente a cualquier individuo que tenga cualquier idea, por más intransigente, más radical que sea. Pero lo que sí me parece odioso es que se fabriquen sus propias ideas para medrar, para sacar dinero. Eso sí no lo tolero.

*JW:* Entonces el comunismo no es tan peligroso en México.

*JAA:* No. ¡Absolutamente no! Usted comprende que digo que no es peligroso hablando en términos generales, en el sentido de que al pueblo se le dé libertad para resolver la cosa de sus ideas. Pero sí puede ser peligroso, sí, como ha pasado en muchas partes, se acostumbran a tener autoridades que no eligen los pueblos, y se acostumbran a aceptar listas de funcionarios públicos, porque entonces, con ese sistema, cualquier día, en una elección, van a decir: "Pues ahora van a ser los que dirijan la política, fulano, sutano, mengano, y entonces a esos elementos radicales se les sube el color de una manera inaudita y al otro día, después de haber sido escogidos así, en esa forma enteramente ilegal, al otro día salimos con que México le gana a Cuba en radicalismo.

*JW:* Hablando de otro tipo de radicalismo, ¿tuvo el sinarquismo alguna relación con su movimiento de 1940?

*JAA:* Esos grupos del PAN y del sinarquismo parecía que sí estaban completamente conmigo, quiero decir las infanterías, porque los directores ya se habían plegado a la voluntad de Ávila Camacho. Pero en Chilapa entonces estaba un obispo que era de aquí, un hombre muy enérgico, bien intencionado, un obispo liberal, pudiéramos decir, que simpatizaba mucho con mi candidatura porque éramos paisanos, porque éramos medio parientes; él era de Ixcateopan, no Ixcatiopan donde nació Cuauhtémoc, sino otro Ixcateopan por allá, al límite de Oaxaca. Sí, él me fue a ver hasta Monterrey para decirme que el pueblo mexicano estaba resuelto a que se le respetara su voluntad y que él estaba dispuesto a ayudarme.

"Muchas gracias. Nada más —le dije— no se meta usted ostensiblemente en política, señor obispo. Por lo demás, ustedes tienen de mi parte la garan-

tía de que si yo llego al gobierno, en el gobierno mi conducta será la misma que he tenido en todas partes donde he tenido algún mando militar, que es de respeto a todo el mundo”.

“Pues con eso nos basta, nos basta con esa garantía, porque conocemos su personalidad y estamos enteramente satisfechos de su modo de proceder, estamos todos los católicos con usted”.

Pues pasó lo que pasó y después, a fines de noviembre renuncié a mi candidatura, quejándome que era por el abuso inconcebible del gobierno norteamericano, del señor Roosevelt. Y me quedé en mi casa criando pollos, y un buen día se me presentó este señor obispo por allá y me dijo: “¿Qué hubo mi general? ¿Qué pasó?” “¿Qué pasó de qué?”; le digo. “Pues no que nos íbamos a oponer”. Yo le decía a usted: “¿qué pasó? No que iban a estar listos para exigir el voto popular, ¿qué pasó?” Ese soy yo el que pregunto.

Dijo: “Imagínese usted que a fines de septiembre supe en Chilapa —de donde él era obispo— que andaban allí unas gentes, unos sinarquistas, directores de sinarquistas, haciendo propaganda en Chilapa, en mi diócesis, expresando que no debían hacerle caso a ningún almazanista que quisiera levantarse en armas contra el gobierno; que todo el mundo debía de estar a las órdenes del gobierno. A mí me extrañó eso porque aparentemente no podíamos meternos a tratar de burlar la voluntad popular. Y entonces mandé llamar a estos señores y les dije: ‘Bueno, tengo noticias de que ustedes andan expresando por allí, en todas las casas, en todas partes, que traen órdenes de ponerse a la disposición de cualquier sentimiento popular justo, patriótico. Yo quiero que me digan por qué andan haciendo eso. ¿Es cosa de iniciativa, nada más?’ Entonces dijeron: ‘No señor obispo, nosotros traemos esta orden’. ‘¿Cómo esta orden?’ ‘Sí señor’. ‘¿Y de quién?’ ‘Del Jefe del sinarquismo de México, señor fulano de tal’. ‘A ver, mi coche. Súbanse, nos vamos a México’. Nos venimos a México y fui con el jefe ese: ‘Señor, usted anda, dízque por órdenes del arzobispo de México, mandando comisiones a que desobedezcan al partido de la voluntad nacional para que se respete la elección’. ‘Pues sí señor’. ‘Bueno, ¿y por qué anda usted haciendo eso? ¿Qué fundamento moral tiene usted para hacer esa barbaridad?’ Dijo: ‘Pues mire usted señor, hemos estado hablando con el señor arzobispo Martínez, y hemos convenido en que tiene él mucha razón en sostener que el sinarquismo es una doctrina de paz; que no puede aceptar la lucha, que aunque lo ataquen, él no debe contestar’. Así, le dice el obispo: ‘De modo que si viene uno y me da una cachetada, ¿qué hago?’ ‘Pues no señor; ponga el otro. Sí señor, es la doctrina de paz’. ‘Pues yo me río de esa doctrina de paz. Están hundidos y ustedes acaban con su partido, este partido que iba a progresar tan bien, con esa teoría acaban con él’. ‘Y los dejé en pura paz’.”

Pero era orden de México, del clero. Todos, lo mismo Gómez Morín como los jefes del sinarquismo, procedían en la misma forma. Por eso ahora ve usted que ellos han resuelto que les conviene más ser un partidito palero del gobierno, en el que ya muchos meses antes saben que les van a dar tantos diputaditos, pero entre tanto tienen relaciones con el gobierno para estar haciendo negocios, como Gómez Morín, que tiene grandes concesiones en la selva del chicle, allá en Campeche, para sacar fortunas desde hace muchos años. El antiguo empleado de la embajada rusa. De modo que como usted comprende, puede ver que la cosa es complicada, y que mientras no haya una insurrección nacional que con cuchillo destripe a tanto bandido...,

*JW:* ¿Cuál era su programa para la presidencia?

*JAA:* Se lo di a usted en un folleto.

*JW:* ¿Cree usted que Ávila Camacho era católico?, o tuvo que decir: "soy creyente", porque usted tenía a tanto católico que lo apoyaba.

*JAA:* ¡Naturalmente!, porque todos los católicos estaban conmigo. Y Cárdenas había preparado el manifiesto del Plan Sexenal, comunista francamente. Pero cuando vieron la avalancha del catolicismo a mi favor, pues rápidamente le dio la orden que se aprovechara de que había muerto su madre para ir él allí y decir: "Soy creyente". Puras patrañas; puras porquerías, que no respetan ni a las madres, para burlarse del pueblo.

*JW:* Después de la elección usted salió de México para organizar una insurrección.

*JAA:* Más bien para esperar. Yo sabía que el sentimiento público estaba a punto de esperar que el pueblo acudiera a cualquier llamado. Entonces ya no podía yo con los gastos porque había usado todo lo que tenía para la campaña y para ir a Sudamérica, tenía ya todo arreglado para ir hasta Argentina, por los países aquellos, y no a los Estados Unidos, para que no dijeran que yo andaba pidiendo el apoyo de los Estados Unidos.

*JW:* Dicen que usted fue a Washington para pedir ayuda del Departamento de Estado.

*JAA:* ¡Mienten! Yo no hablé jamás con nadie.

*JW:* ¿Fue usted a San Diego para hablar con Calles?

*JAA:* ¡Tampoco! El señor Montes de Oca, un amigo mío, me insistía mucho. Me decía: "Creo que usted debe de hablar con el presidente Roosevelt". Dije: "No señor, ¿por qué tengo que ir a verlo?; ¿para qué bendiga la elección de México?" "No, pero para que conozca sus ideas y..." "Mis ideas las conoce él mejor que usted, que yo, porque ha tenido cuatrocientos agentes en México observando la situación, y escudriñando hasta la última palabra de lo que digo, a ver si huele algo de nazismo. De modo que si el señor Roosevelt, si se fía en su gente de confianza honorable, sabe muy bien qué es lo que pienso,

y sabe muy bien que al gobierno americano le conviene mi elección. Porque el gobierno americano está acostumbrado a influir en la elección de los gobernantes en Latinoamérica, y el gobierno americano debe ver ahora que es conveniente que los amigos de ellos en los gobiernos americanos tengan la voluntad popular; si el gobierno de cualquier país cuenta con su pueblo, da una ayuda mil veces más importante al gobierno americano para resolver las cosas mundiales, más que esos caciques que sostiene el gobierno americano a la pura fuerza. Y por eso nunca fui a ver a Roosevelt.

*JW:* Usted se decidió a renunciar después de que anunciaron que Wallace iba a venir a México para representar al gobierno de los Estados Unidos en la toma de posesión de Ávila Camacho.

*JAA:* Me preguntaba usted si yo fui a San Diego a ver al general Calles. Estuve en San Diego, fui a San Francisco, porque desde que llegué a Guatemala, iba yo para el sur, me llamó por telégrafo de La Habana un coronel del estado mayor que habíamos mandado secretamente a El Paso a buscar unos elementos de guerra para darle armas al pueblo cuando las necesitara. Yo había mandado enviados a muchas partes, gente de confianza, sin elementos, sin dinero, pero con muchos deseos de aprovechar la buena voluntad que había para nosotros en todo el mundo. Entonces me llamaron de La Habana y me dijeron que había una compañía que podía proporcionarnos todos los elementos de guerra que quisiéramos, sin pagar intereses, para liquidarlos después de que tomáramos posesión del gobierno, que no pagaríamos intereses por eso, nada más pagaríamos lo que hubiéramos recibido. Total que era una cosa preciosa y a mí se me ocurrió que los mexicanos que iban a luchar en una insurrección, pues si podía uno proporcionarles algunos elementos de guerra que le ofrecieran a uno desinteresadamente, pues tenía una obligación de aceptarlos. Entonces se me ocurrió ir a los Estados Unidos a aceptar, de riguroso incógnito, aunque era imposible tratar de evitar que lo supiera el señor Roosevelt, con los servicios que tiene. Pero sí que me dejaran pasar desapercibido para que yo arreglara mis cosas y salirme inmediatamente otra vez, entrar por Alabama, por Mobile, y coger un taxi y acercarme a El Paso, hablar allí con esas gentes que hacían el ofrecimiento, y luego seguir para California en el primer barco que pudiera; tomar un petrolero o lo que fuera, seguir para Panamá, como había venido yo en un barco frutero para Mobile. Entonces, en Panamá, no había más que un individuo, un solo individuo que sabía mis movimientos, era un señor Douglas Chester, el representante de la Prensa Asociada, a quien me habían recomendado en La Habana como una persona de mucha confianza, muy honorable, muy mexicano porque estaba muy enamorado de una latina de Bogotá y quería ir para allá, a Bogotá, como representante de la Associated Press en toda esa

parte. Manuel Riachi, un muchacho que estaba conmigo y que yo conocía desde 1910 y que era agente del Departamento de Estado, me presentó a Douglas como de muchísima confianza, y entonces me valí de Douglas en Panamá para que me sacara secretamente un pasaporte para Mobile en un platanero. Y resulta que Douglas era también agente del gobierno, del Departamento de Estado, del FBI, y fue el primero que me denunció. Cuando llegué a Mobile, me hicieron un escándalo. En todos los periódicos de los Estados Unidos publicaron ese día mi retrato.

*JW:* Tenemos espías en todos lados.

*JAA:* Seguro y hacen bien, pero no fregar, ¡hombre!

*JW:* Los del partido oficial dicen que la Revolución sigue. En su opinión, ¿cuáles han sido los periodos de la Revolución, y cuándo terminó o si todavía sigue? ¿Qué quiere decir Revolución para usted?

*JAA:* Para mí quiere decir que debe seguir la Revolución hasta que no se obtenga todo lo que ansiábamos antes de 1910, y todo lo que se pregonó con una promesa perfectamente asequible, es decir, la seguridad de obtener el respeto al voto, al sufragio, y la no reelección. Porque usted debe considerar que el voto es una fábula, porque no puede haber respeto al voto si hasta la víspera de la elección nadie sabe quién va a ser presidente, ni por quién van a votar; todos son escandalosamente partidarios de esa persona y todos los grandes hombres que han hecho la propaganda lo ponen muy por encima de Stalin. Eso no es sufragio efectivo.

*JW:* Hay unos que dicen que los latinos tienen un carácter un poco anárquico, y con ese carácter nunca puede existir el sufragio efectivo y la no reelección, porque los latinos necesitan la mano fuerte de un dictador benevolente para imponer el orden, para que los países latinos puedan desarrollarse.

*JAA:* Entonces, ¿por qué pregonar tanto la pureza de las leyes, de las constituciones, si son pura mentira?

*JW:* Es el siglo, es la época, es el siglo de la democracia, y hay que hablar en esos términos para que los políticos puedan ser los líderes y si no usan esas palabras no pueden justificar su posición. Usan las palabras, usan la ideología, para justificar su posición. Las personas hablan de una manera, pero actúan de acuerdo con sus propios intereses.

*JAA:* Para mí el fondo de la Revolución es la necesidad absoluta de que haya honradez. Desde el primer día que traté con los jefes zapatistas, le expresé a Zapata que había que exigir que toda la gente fuera honorable, patriota verdaderamente, exigirles que antes de robar la comida, vieran lo que le interesaba a su país. Y que trabajaran, ver que se estaba trabajando por su pueblo.

*JW:* ¿Usted cree que en los países latinos puede existir la democracia eficaz?

*JAA:* Sí lo creo, porque tuve, en toda mi vida de revolucionario, la experiencia de que en los pueblos de indios —los indios cerrados completamente, parecía que no hablaban el español—, los llamaba, les decía que hicieran su elección con toda libertad, e invariablemente escogían a los mejores elementos del pueblo.

*JW:* En los Estados Unidos invariablemente no hemos escogido los mejores presidentes, especialmente en el siglo XIX.

*JAA:* Yo hablo de los inditos, de la gente humilde, no de la gente maleada. Luego, en el campo militar de Monterrey tuve otra experiencia muy importante. Entre las tropas que tenía, naturalmente había muchas mujeres, y tenía grandes problemas de salubridad, muchos soldados enfermos, y las mujeres lo mismo. Cada año se me morían cincuenta, sesenta, o setenta niños de sarampión cuando llegaba una ola de sarampión. Bueno, hice el campo militar, hice un hospital. Luego dije: “Vamos a ver, ¡Ahora, vida nueva! ¡A ver, júntenme a todo el viejerío, a todas las mujeres! Yo les hablaba como apóstol: “Mujeres, yo creo que el único medio que encuentro de que tengan una nueva vida es que me ayuden ustedes, con autoridad, a acabar con esta situación tremenda. Ustedes mismas me han dicho que hay tantos enfermos, porque hay unas mujeres sin hijos entre ustedes, que van regando sus enfermedades asquerosas con todos los soldados, y lo mismo sucede con los niños: porque no los cuidan, no saben atenderlos, también se mueren muchos cada año. Yo voy a hacer la lucha para un remedio absoluto. Aquí en el campo militar se acabaron los hombres, se acabaron las autoridades masculinas. Allá en el cuartel son los militares los que mandan, pero saliendo del cuartel y llegando a este distrito de casas de familias, ya no manda nadie, no manda ni el general, ni el cabo, ni el mayor. Bueno, el general sí, porque tiene que mandar uno. Pero ya saben que fuera de mí, a nadie tienen que obedecer ustedes. Ustedes van a ser la autoridad aquí, ustedes van a escoger un grupo de siete mujeres que van a ser las que formen la autoridad aquí. Y esa autoridad va a ser apoyada por todos los militares, por la jefatura de operaciones y por todos. Entonces, ustedes como autoridad, con la ayuda de sus compañeras, en primer lugar, me van a denunciar a todas las bandidas que andan enfermando a los hombres. Tiene que acabarse eso, por consideraciones para ustedes que tienen hijos. Porque es una cosa espantosa lo que pasa y yo les doy la autoridad para que pongan remedio. Y para cuidar a los niños también ustedes me van a llevar todos los niños, nomás tengan calenturita, al hospital”. Les hice una cooperativa y empecé a venderles cosas. Bueno, a final del año tenían su libreta, y en esa libreta se ponía una estampilla con el importe de lo que compraba la mujer. Si un soldado, por ejemplo, ganaba de sueldo cinco pesos diarios, al mes 150 pesos,

y al año más de 1,500 pesos, se iban poniendo las estampillas de lo que compraba el soldado, y al final toda la utilidad, las ganancias, se repartían según el número de estampillas que hubieran consumido. En varios años, había mujeres que sacaban de su casa otro tanto más de lo que el hombre ganaba diariamente en el cuartel. Y a veces si no otro tanto, una cosa muy importante. Pero todo mundo ganaba bastante dinero, y se sentían felices con la cooperativa. Pero sobre todas las cosas se acabaron las enfermedades venéreas, enfermedades asquerosas, las mujeres se encargaron de averiguar. A los hombres les era imposible averiguar quiénes eran las mujeres peligrosas. Pero las mujeres, ¡ellas sabían muy bien! ¡Y ellas me las echaron fuera a todas!

*JW:* ¿Qué tipo de cooperativa era esa?

*JAA:* Cada año, en lugar de morirse cuarenta, cincuenta chamacos, o sesenta de sarampión, si se moría uno, era casualidad. De modo es que con ese manejo, con la gente humilde, con la gente que recibe el beneficio que uno le ofrece, imagínese usted si no va a contar con ella para cualquier situación. Por eso siempre he sido un convencido de que la gente escoge lo mejor.

*JW:* Aquí en Acapulco, ¿hay ese tipo de cooperativismo?

*JAA:* No se puede. Todo eso lo vieron como un peligro y por eso tuve muchos enemigos, sobre todo en la cuestión de evitar los robos a la nación. Con un sistema rígido de honradez, imagínese cuántos miles y miles de millones de pesos se hubieran podido dedicar, que ahora se han perdido, a acabar con la miseria de los infelices mexicanos que andan desparramados por todo el país, porque usted no se da cuenta en El Papagayo o en cualquier parte donde llega, que está con más o menos comodidades, la miseria que hay en muchas regiones del país, de Guerrero, de Oaxaca, de Michoacán, de la Ciudad Tarahumara, etcétera.

27 de diciembre de 1964

*JW:* ¿Quién fue el primer hombre en impulsar o en pedir su permiso para impulsar su campaña?

*JAA:* Pues, sinceramente, no hubo primer hombre. Se había creado una situación por la incompetencia de Cárdenas como Presidente de la República. Era tanto lo que se quejaban en el país entero de la demagogia de Cárdenas. Infinidad de gentes espontáneamente venían a buscarme, a hablar de la necesidad de que se pusiera remedio a la situación esa de demagogia, que sin aceptar yo ninguna solicitud, sin pensar en lo que debía hacer, con todas esas quejas, se fue formando la idea de que para el bien del país había que aceptar servirle en la forma que fuera más conveniente. Así es que nadie me

habló, fue una cosa espontánea que había en el ambiente, y tantas gentes decían que yo era el indicado para acabar con esa situación, que cuando quise, ya había aceptado que figurara mi nombre entre los elementos que iban a participar en la elección inmediata.

*JW:* ¿Puede usted fijar algunos meses? ¿Fue en el año 1939 cuando el ambiente parecía indicar su candidatura? ¿Usted tuvo que dar su permiso a algunas personas para trabajar en su favor?

*JAA:* En mi carácter de soldado yo debía separarme del ejército un año antes de las elecciones, que iban a realizarse en julio de 1940. Así es que un año antes era julio de 1939. Recuerdo que tres o cuatro meses antes de que se llegara al plazo que me obligara a resolver, empezaron a hablarme muchas gentes. Era cuestión de ambiente. Era una cosa general en la República, fue una explosión en toda la República, de ansia muy grande de que hubiera orden. Así es que podemos decir que por el mes de abril de 1939 fue cuando me hice el propósito de atender ese clamor público. En consecuencia, antes de que faltara un año para las elecciones, hablé con el presidente Cárdenas. Vine de Monterrey y le dije que efectivamente era tan solicitado mi concurso para las elecciones, que le manifestaba yo a él que tenía pensado aceptar; pero yo no pensaba romper lanzas, sino que quería unas elecciones honradas, en las que se respetara la voluntad popular. Él me contestó que estaba de acuerdo en que yo figurara y que podía tener la seguridad que mis partidarios tendrían toda clase de garantías para organizarse políticamente. En eso quedamos. Pero resultó todo lo contrario.

*JW:* ¿Tuvo usted aspiraciones presidenciales antes, o tuvo que ceder a este clamor público, como dice usted?

*JAA:* No tuve aspiraciones presidenciales antes y multitud de veces hice pública mi idea de no figurar en política, de no dejar que grupos lanzaran mi candidatura en periodos anteriores. Pero lo que pasó fue que ese clamor era tan fuerte, tan profundo, que contra toda mi voluntad tuve que aceptar que se trabajara por mi candidatura.

*JW:* Hablando de la política, mientras usted estaba muchos años en Nuevo León, ¿nunca hubo un clamor público para hacerle gobernador de aquel estado?

*JAA:* No había ningún clamor, por la sencilla razón de que en el país los gobernadores de los estados deben ser nativos de los mismos estados y yo nací en el estado de Guerrero, y Nuevo León está muy lejos.

*JW:* ¿Cuántos años estuvo en total en Nuevo León?

*JAA:* Como guerrillero, como revolucionario, como jefe de operaciones, estuve de 1917 a 1940.

*JW:* En 1920 cambió de guerrillero a jefe de zona.

*JAA:* Sí. Cuando triunfó el movimiento del general Álvaro Obregón y él me invitó a que yo me incorporara a su ejército y desde entonces me trató admirablemente.

*JW:* En la política mexicana el gobernador del estado tiene que trabajar estrechamente, con relaciones muy amigables, con el jefe de zona militar.

*JAA:* Generalmente sí. De otro modo, se hacen la vida muy difícil los dos, el gobernador y el jefe de operaciones. En aquella época, era común y corriente que tuvieran contento al jefe de operaciones con dádivas y con mil favores, era la manera de que trabajaran con armonía.

*JW:* Se ha discutido quién ha tenido más poder, el gobernador o el jefe de zona, porque el jefe de zona representa el poder federal que tiene presupuesto y fondos, mientras el gobernador representa una entidad que no tiene tantos recursos económicos.

*JAA:* Sí, pero eso depende mucho de la personalidad de cada individuo, y también del apoyo que le dé a uno o a otro el gobierno federal. De allí resulta que a veces el jefe de operaciones tiene una posición superior a la del gobernador, y las facultades de que lo dotan facilitan su conducta y el éxito de su gestión.

*JW:* ¿Cuál fue su experiencia? ¿Recibió usted todo el respaldo del gobierno federal y pudo actuar con libertad?

*JAA:* Absolutamente. No sólo en Nuevo León, sino en otros estados donde fui comandante militar como Chihuahua, Durango, Aguascalientes, Puebla y Veracruz. Tuve amplísimo respaldo del gobierno federal, sobre todo en Nuevo León.

*JW:* Volviendo a hablar de su campaña electoral, ¿quién fue el dirigente de la campaña o su ayudante para organizar y dirigir la campaña?

*JAA:* Yo fui el jefe de mi campaña. Se dio el caso de que el general Abelardo L. Rodríguez se ofreciera espontáneamente a dirigir él la campaña electoral. Había sido presidente, tenía cantidades fabulosas de dinero y creía que yo necesitaría de su ayuda, de su respaldo. Él comisionó a su secretario privado, al licenciado Gaxiola, para que hablara conmigo e hiciera la propuesta de que él dirigiera mi campaña política. Pero yo no lo creí conveniente. Pensé que eso sería contraproducente. Por razones profundas consideré que el mando del general Abelardo Rodríguez, impuesto a mis partidarios, sería contraproducente y me daría resultados funestos. Por eso, mi contestación fue que yo le agradecía mucho al general Rodríguez su ofrecimiento, que podría tener la seguridad de que en la campaña lo tomaríamos en cuenta de manera principal, que atendería con mucho gusto todas sus recomendaciones, producto de su experiencia, que redundaran en bien de la campaña, pero que francamente yo quería dirigir mi campaña.

*JW:* ¿Cuándo hizo este ofrecimiento Rodríguez?

*JAA:* Este ofrecimiento fue muy al principio de la campaña.

*JW:* ¿Antes de que el partido oficial hubiera escogido su candidato?

*JAA:* No. En el partido oficial ya habían escogido a Ávila Camacho.

*JW:* Si Rodríguez, un ex presidente, quería asumir la dirección de la campaña a su lado, quería decir que más elementos del partido estaban listos para romper con el partido oficial.

*JAA:* Cuando un presidente salía del puesto, generalmente ya no tenía relación con el partido. Frecuentemente quedaba distanciado del partido. Ha sido hasta ahora, después que el señor López Mateos inventó su super-gobierno formado con todos los presidentes, que ya todos los ex presidentes tienen participación política.

*JW:* Sí. Los ex presidentes tienen una posición muy importante: Cárdenas es Vocal Ejecutivo del Desarrollo del río Balsas; Alemán es Presidente de la Comisión Nacional de Turismo; Ortiz Rubio fue director de Pesca. ¿No hubiera sido mejor aceptar a Rodríguez, por el prestigio que él tenía dentro del partido?

*JAA:* No, porque yo sabía cómo andábamos en cuestión de prestigio. A pesar de haber sido Presidente, puesto por el general Calles por un corto periodo —creo que lo fue un poco más de un año—, indiscutiblemente ante el país, sobre todo ante el ejército, creo que mi prestigio era muy superior al de Abelardo Rodríguez.

*JW:* Sí. Eso era evidente. Pero con un hombre de sus antecedentes dentro de la familia revolucionaria, parece que él pudiera haber ayudado mucho en la campaña. Usted nos ha dicho que Rodríguez tuvo participación en nombrar a Lázaro Cárdenas a la presidencia por parte de Calles. Si Rodríguez hubiera salido en favor de usted, públicamente, dirigiendo su campaña, ¿no hubiera sido otra ventaja más para usted? Una, pero importante.

*JAA:* No, señor. Insisto en que hubiera sido un error muy grande mío haberle dado la dirección política al general Rodríguez.

*JW:* ¿Por su ideología?

*JAA:* No, por sus antecedentes.

*JW:* Hablando del callismo, Melchor Ortega y Luis Morones participaron en su campaña. ¿Ellos se pusieron a su lado por ser anticardenistas o ustedes tenían la misma ideología?

*JAA:* No. Ellos sí eran callistas recalcitrantes. Pero los acepté dentro de la campaña política que emprendimos como parte del pueblo mexicano que me venía a ofrecer ayuda, y yo estaba resuelto a aceptar a todo el mundo, precisamente para hacer un movimiento de unificación nacional.

*JW:* ¿Usted unificó a los callistas, a los zapatistas y los maderistas?

JAA: Sí señor. La prueba es que el presidente del partido fue un hermano del señor Madero, don Emilio Madero. Entre los zapatistas todos eran amigos míos, especialmente el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama, y la hija y algunos hijos de Zapata.

JW: Y Abelardo Rodríguez también lo apoyó, aunque usted no haya aceptado su ofrecimiento de dirigir la campaña.

JAA: No tuvimos ningún rompimiento, pero yo vi que él quería seguir con predominio político, y al negarle yo el mando que deseaba pues seguramente se enfrió.

JW: Lo raro es que Francisco Javier Gaxiola Jr. quedó incluido en el gabinete de Manuel Ávila Camacho como secretario de la Economía Nacional.

JAA: Eso quiere decir que la negativa que le di a Abelardo Rodríguez sirvió para que se lo agradeciera Ávila Camacho y lo hiciera ministro.

JW: Está aquí con nosotros, en México, el profesor Lyle C. Brown, del Departamento de Ciencia Política, en la Universidad de Baylor, en Texas, y él tiene unas preguntas acerca de cómo lo trataron los periódicos. Con su permiso, el profesor Brown continuará la entrevista.

*Lyle C. Brown (LCB):*

¿Puede decirnos cómo lo trataban los periódicos de México durante su campaña?

JAA: Debo decir que bien, aunque ya se sabe que cuando es uno candidato de oposición en México, por más grandes que sean las simpatías de los periodistas para el que es de oposición, siempre caminan ellos con mucha cautela, porque de todos modos representan intereses de dinero y procuran no comprometer sus intereses. De modo general la simpatía personal de todos los periodistas estaba conmigo. Ahora, lo que publicaban los periódicos, pues todo eso lo pagábamos. Espontáneamente, sólo los periódicos independientes como *El Diario del Hogar*, o el *Omega*, y periódicos de provincia, esos sí eran frenéticamente partidarios de mi candidatura. Pero las empresas grandes, los periódicos de la capital, tenían que cuidar primero su modo de vivir, su modo de existir, y no se comprometían a la ligera, ni buscaban peligros en contra de sus intereses.

LCB: El periódico *Obra Libre*, ¿fue en pro de usted?

JAA: ¡Absolutamente!

LCB: ¿Qué relaciones tenía usted con el redactor de este periódico? ¿Fue amigo suyo antes de la campaña?

JAA: Pues sí, don Diego Arenas Guzmán era conocido mío. Durante la campaña y después de la campaña se puso enteramente de mi parte.